

"JOSE CANEL"

OCTUBRE ROJO EN ASTURIAS

Es propiedad
del autor.

PRÓLOGO DE

J. DÍAZ FERNÁNDEZ

1ª EDICION

IMPRESO POR "MARSIEGA"

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA Y ARTES GRÁFICAS
MADRID

PROLOGO

ANTECEDENTES POLITICOS

Lo primero que advierte el que sin pasión examine el Octubre español, mejor diríamos el Octubre asturiano, pues sólo en Asturias tuvo lugar una verdadera sublevación armada, es la falta de ambiente. La sociedad española no estaba preparada para las consignas integrales de la revolución social y la dictadura del proletariado. No había una atmósfera social propicia; las defensas burguesas no estaban gastadas ni el Estado se descomponía. Fué un enorme error de los socialistas, que pasaban sin transición del colaboracionismo gubernamental a la revolución clasista.

Aunque muchas de las cosas que voy a decir en este prólogo están en la memoria de todos, no tengo más remedio que repetirlas. Cuando el lector, al recordarlas, las coteje con los acontecimientos de Octubre, verá éstos de un modo mucho más diáfano, ya que los hechos históricos no nacen por generación espontánea; son consecuencia siempre de hechos anteriores.

Entre los antecedentes políticos de la sublevación el primero que hay que recordar es cómo sobrevino el cambio de régimen. Este no fué fruto de una revolución triunfante. Existía, sí, una presión de la opinión pública contra la monarquía, porque de la dictadura militar de Primo de Rivera se le culpaba preferentemente al rey. La masa conservadora y neutra, que había simpatizado al principio con la dictadura, por antipatía a los antiguos políticos, fué despegándose de la monarquía, que tampoco con aquél recurso extremo era capaz de resolver ninguno de los problemas nacionales. Por eso cuando, después de siete años de obligada abstención electoral, se consultó al país, éste eligió a los candidatos republicanos. Un ministro del rey dió cuenta del hecho en la siguiente frase: "Es un país que se acuesta monárquico y se levanta republicano". Mis lectores saben que al rey le preparó la fuga el Gobierno provisional, donde figuraban tres socialistas, y que don Alfonso salió de Cartagena como un monarca que se retira y no abdica. Dijo, al parecer, esto: "Sigo mi tradición". La tradición de su abuela y su bisabuela que también emigraron a París empujadas por sus errores; pero no abdicaron.

En el Gobierno provisional predominaban, como se sabe, las izquierdas, y, sin embargo, los hombres más moderados, Alcalá Zamora, Lerroux, Maura, fueron los que dieron una tónica conservadora a la República naciente.

¿A qué se debió esta preponderancia de las fuer-

zas moderadas, que hubo de mantenerse a lo largo de las diferentes situaciones republicanas? Sin duda alguna al origen pacífico de la República. Las clases conservadoras, que se habían distanciado de la monarquía, veían con buenos ojos que al frente del nuevo régimen estuviese un hombre de orden, terrateniente de Andalucía, parlamentario furibundo, que representaba ya entonces la contrarrevolución. Había, en España en aquellos momentos un gran miedo al bolchevismo. Además los republicanos llamados "históricos" estaban desacreditados. Eran en la política monárquica la "oposición de su majestad" y se les acusaba públicamente de convivir dócilmente con los políticos monárquicos, sin que les importase gran cosa el triunfo de la República.

¿Cómo se plegaron los socialistas y los republicanos de izquierda a esta influencia conservadora? No confiaban demasiado en la capacidad revolucionaria de las masas. Los socialistas, desde Pablo Iglesias, respondían a la táctica del socialismo reformista. El señor Largo Caballero, después líder de la revolución, durante la dictadura militar había incluso pertenecido, por orden del partido, a un alto organismo del Estado monárquico, representando a las fuerzas sindicales. Pero además ellos eran los primeros convencidos de la ineficacia del viejo republicanismo y preferían a los conversos Alcalá Zamora y Maura, por creerlos de mayor solvencia. La verdad es que éstos hacían constantemente pro-

testas de su amor al proletariado, de la necesidad de grandes reformas sociales. Los republicanos de izquierda, por su parte, eran nuevos en la lucha política. Representaban grandes sectores de opinión, pero ésta apenas se articulaba en partidos inconexos, hechos a prisa, con una congestión de democracia que terminó por dividirlos y atomizarlos.

Lo primero en que se pensó fué en convocar Cortes Constituyentes. La preocupación primordial de los nuevos gobernantes, en vez de afrontar resueltamente los problemas del país, fué establecer la nueva legalidad, sin que hubiese solución de continuidad, sin que se trastocase lo más mínimo la vida del Estado.

Las Constituyentes se esforzaron para que esto no sucediese, pero al final fueron vencidas, no sin que ellas, esta es la verdad, no incurriesen en algunas graves flaquezas. Las elecciones para la Asamblea Constituyente dieron en ésta una gran mayoría a socialistas y republicanos de izquierda. El país hacía esfuerzos por romper la corteza tradicional y transformarse por medio de las nuevas instituciones. Pero desde el primer día se vió que las grandes oligarquías históricas sobrevivían al destronamiento de don Alfonso. El programa del laicismo del Estado desataba la ofensiva de la Iglesia. La reforma agraria, que venía a socializar las grandes fincas, mediante la correspondiente indemnización a sus propietarios, fué recortada de tal modo que resultó ineficaz, sin colmar el ansia de tierra de miles de

campesinos sin trabajo, despertando en cambio la enemiga de los propietarios. Se hizo una Constitución de tono avanzado, pero se hizo sólo en el papel, porque las reformas carecían de realidad por falta de coraje en el gobierno republicano-socialista. El señor Azaña y el ministro de Justicia, señor Albornoz, fueron los únicos que se atrevieron a acometer las reformas del ejército, de la magistratura y de la iglesia. Se disolvió a los jesuitas, pero éstos siguieron alojados en los hogares católicos. Se dispuso que la enseñanza fuese misión exclusiva del Estado, pero los colegios de las Ordenes religiosas siguieron funcionando a través de testaferros. Se hizo, en fin, una Constitución de papel, según la frase de Lassalle. No era, en realidad, la primera. La Constitución de Cádiz, en 1812, fruto del liberalismo de entonces, no llegó

tampoco a cumplirse gracias al absolutismo de los

Borbones, a la ineficacia de los liberales y a la incultura y versatilidad del pueblo. El señor Alcalá-Zamora se declaró en las Cortes Constituyentes disconforme con la Constitución. A pesar de ello, la mayoría republicano-socialista lo eligió presidente de la República. Yo, no; yo, que era diputado, no sólo no le voté, sino que propuse otro candidato, ante la indignación de algunos jefes de izquierda.

La derrota sufrida por los monárquicos en la sublevación de agosto de 1932, les hizo pensar que el régimen republicano era más sólido de lo que al

principio se creía y que era preciso utilizar contra él otra táctica. Para eso financiaron la campaña del antimarxismo, que aunque parecía dirigida contra los socialistas trataba de anular también a los re-

publicanos de izquierda. Al fin el señor Alcalá-Zamora entregó el Poder al señor Lerroux que gobernó

unos días con una apariencia de Gobierno republicano, para dar paso a una situación híbrida que aceptó la disolución de las Constituyentes y la convocatoria de nuevas elecciones. Esto sucedía en noviembre de 1933, apenas transcurridos dos años y medio de la proclamación de la República.

En estas elecciones, ya los republicanos históricos se unieron definitivamente a los monárquicos para acabar con la influencia de los elementos democráticos. Invirtieron grandes sumas de dinero, mientras las izquierdas carecían de él. Para agravar la situación de la izquierda los partidos que hasta entonces habían gobernado juntos empezaron a distanciarse y dividirse, entretenidos en disputas bizantinas, mientras los conservadores se unían en compacto bloque. Fue entonces cuando los socialistas, que acababan de abandonar el Poder, cambiaron bruscamente de táctica para separarse de los republicanos de izquierda. Estaban, pues, todas las fuerzas tradicionales unidas, mientras las que habían elaborado la Constitución, esforzándose por darle una tónica moderna, luchaban disgregadas, sin fé, sin medios de propaganda, con una ley electoral hecha para favorecer las coaliciones de parti-

dos. Triunfaron, claro es, los monárquicos, que aparecieron en las nuevas Cortes-las que ahora funcionan-integrando una mayoría que, dejando a un lado de momento el problema de la forma de Gobierno, se proponía acabar con todas las reformas llevadas a cabo por la mayoría republicano-socialista de la Asamblea Constituyente.

Así empezaron las concesiones a la fuerza triunfante hasta llegar al trámite concreto de admitir en el Poder a los elementos que, como los del señor Gil Robles, tenían una significación monárquica. Este partido se ha negado reiteradamente a declararse republicano; sus componentes proceden de la dictadura de Primo de Rivera. Llegó el instante en que el señor Alcalá-Zamora admitió un Gobierno en que figuraban esas fuerzas. Las izquierdas se veían expulsadas del régimen que habían creado. Comprendían que estaban ya obstruidos los caminos legales y que sólo la revolución podía salvarlas; pero sufrían esa indecisión tan democrática que dió paso al fascismo en otros países. Hubo, sin embargo, un hombre, Azaña, que proclamó la necesidad de una revolución nacional para restablecer la Constitución y el primitivo sentido del régimen. Pero ya los socialistas, sus aliados de ayer, se habían embarrado en la aventura de la revolución social a la manera rusa, sin contar, esta es la verdad, con ningún Lenin.

Ya he dicho que el socialismo tenía en España

una tradición reformista. Sus personalidades más

destacadas habían sido ministros del Gobierno de la República, colaborando francamente en una política moderada. Hasta tal punto, que en la cuestión religiosa sostuvieron puntos de vista más conservadores que algunos ministros republicanos de izquierda, por ejemplo, el señor Albornoz. Este quiso en cierta ocasión nacionalizar la industria de ferrocarriles y se encontró con la opinión contraria de los socialistas. Está claro que no tenía razón ninguna el antímarxismo de las fuerzas tradicionales, porque los socialistas no habían hecho marxismo desde el Poder. El antímarxismo de las derechas fué sólo un pretexto para atraerse a su órbita a la República. Al dejar el Poder los socialistas se consideraron desahuciados del régimen y adoptaron, con la excepción del señor Besteiro, una posición revolucionaria. La mutación no podía ser más brusca. Los socialistas habían reprimido con energía las reclamaciones impacientes de comunistas y anarquistas. Con un intervalo de muy pocos meses, los socialistas, no sólo rectificaban a fondo su táctica de siempre, sino que proclamaban la necesidad de la revolución social y trataban de improvisar el frente único proletario. Este frente único, en tales condiciones, era pura utopía. El proletariado español, sobre todo en las regiones del Noroeste, Centro y Mediodía, tiene una raíz anarquista y está afecto a la Confederación Nacional del Trabajo. En España, por su arraigado individualismo, el anarquismo tiene una gran tradición. No controlan,

pues, las organizaciones socialistas a todo el elemento trabajador, sino que en Cataluña, Levante,

Galicia, y Andalucía, el grueso del proletariado es

de matiz anarcósindicalista. Los comunistas también poseen núcleos importantes en toda la Península.

LA REVOLUCION SOCIALISTA

Las luchas internas del proletariado no son ya meras discrepancias, sino verdaderas luchas históricas. Por eso, cuando los socialistas se pronunciaron por la revolución social, los demás sectores obreros no les creyeron. Sólo los comunistas muy condicionalmente, decidieron, a última hora, colaborar con ellos. Para sustituir al soviét ruso, los socialistas crearon las Alianzas obreras, donde, aparte las fuerzas socialistas, sólo figuraban grupos sueltos de trotskistas y otras fracciones del comunismo, que carecían en realidad de masas: La Confederación General del Trabajo se negó a entrar en las Alianzas en todas las regiones, con excepción de Asturias, donde se hizo el frente único gracias al impulso revolucionario de la masa. Esto explica un poco el empuje que allí tuvo la sublevación armada. Los órganos revolucionarios carecían, pues, en muchas partes de fuerzas suficientes. Pero es que, además, los obreros que los formaban, estaban educados en la escuela del reformismo socialista y carecían de preparación y de experiencia revolucionaria. Me-

ses antes se les movilizaba en defensa del orden burgués y, apenas sin transición, se les invitaba a que lo destruyeran. Esto hizo que la revolución tuviera un carácter de cosa. improvisada que de antemano constituía su fracaso.

Pero no fue esto lo más grave, con serlo tanto. Lo peor fue que desde el primer momento la sublevación estuvo descentralizada. En realidad cada región actuó por su cuenta, sin responder a una elemental unidad de acción. Mientras se sostenía la consigna de la revolución social, alejando así la simpatía y el apoyo de las izquierdas burguesas, se pretendía aprovechar las protestas violentas de las regiones autónomas, como Cataluña y las Vascongadas. En Cataluña no había un previo acuerdo revolucionario entre los socialistas y el Gobierno de la Generalidad; pero los socialistas esperaban la rebelión de ésta para vencer allí por ese medio indirecto. Fue un rotundo fracaso. Las Alianzas obreras estaban sin armas y sin fuerzas y las que tenían no se utilizaron o se utilizaron con torpeza. Y el ejército se encargó de acabar, en unas horas, con lo que era pura ficción. Mientras tanto, los trabajadores industriales de Cataluña, de significación sindicalista: no sólo se desentendieron del movimiento, sino que ni siquiera declararon la huelga pacífica.

En Vasconia, los sucesos fueron distintos, pero el resultado idéntico. Socialistas y comunistas, que preconizaban la revolución social y la dictadura

del proletariado, se aliaron con los nacionalistas, que representaban allí la más intransigente burguesía. Los unía únicamente el odio a una política que amenazaba a las libertades regionales. Allí bastó un gobernador para reducir la sublevación. La verdad es que los elementos nacionalistas, al notar el carácter que tenía en el resto de España la revolución, depusieron las armas. Murieron heroicamente, en lucha desesperada, cientos de obreros socialistas y comunistas. Como en Madrid y en algún otro sitio. En Madrid la revolución fue la acción aislada de jóvenes guerrilleros que disparaban desde los tejados contra la fuerza pública. Las milicias proletarias no actuaron, no se sabe por qué. Únicamente algunos grupos de jóvenes, armados de pistolas, se batieron en la Puerta del Sol contra el Ejército. Allí perecieron con valentía singular por un abstracto ideal revolucionario. Sin jefes, sin dirección, con un arrojo inútil y primitivo.

Lo de Asturias ha sido otra cosa. Diez días después de haberse extinguido los focos revolucionarios en el resto de España, aun combatían los obreros asturianos. Dos cuerpos de ejército tuvieron que atacarlos por distintos sitios, además de las fuerzas que resistían el sitio de Oviedo. Para entrar en Asturias hubo que recurrir a las tropas coloniales de Marruecos, que iban en vanguardia y trataron a la capital como a una ciudad en guerra. Ya he dicho que allí es donde únicamente se hizo el frente obrero revolucionario. Esto, unido a lo abrupto

del terreno, hizo que allí surgiese una verdadera revolución, deficientemente organizada, esta es la verdad. Faltó una dirección militar, que en vez de estar encomendada a técnicos, estuvo a cargo de militantes socialistas de reconocida buena fe y de alto espíritu combativo, pero desconocedores en absoluto de la técnica de la guerra. Por ejemplo: los revolucionarios tenían cañones, pero no sabían utilizarlos y los proyectiles no estallaban; intentaron incluso cargarlos con dinamita. Descuidaron el problema de la aviación, que les destruyó y sembró el desaliento en las filas obreras; carecían, incluso, de comunicaciones entre sí. No supieron elegir los puntos estratégicos.

Los obreros de Asturias demostraron una capacidad combativa extraordinaria. ¿Por qué fueron ellos solos, entre los de toda España, los que lucharon con cierta cohesión y con auténtico arrojo revolucionario? Este es un tema de psicología proletaria muy interesante. El minero asturiano es un obrero que, reuniendo las características del trabajador industrial, posee también el empuje primitivo del montañés. En las Casas del Pueblo está en contacto con las ideas revolucionarias, que llegan a través de la lucha de clases, pero no es de todos modos el obrero urbano que disfruta de algunas ventajas de la civilización; vive en las aldeas de la montaña, en los suburbios de la cuenca minera, y allí conserva, al lado del odio al poderoso, la fiereza del montañés. Ignora lo que es el

peligro, porque vive en el fondo de la tierra, expuesto al grisú y manejando a diario la fuerza devastadora de la dinamita. Muchos de estos revolucionarios no combatieron con fusilas ni pistolas, armas para ellos demasiado livianas. Combatieron con cartuchos de dinamita. Se les vio en Oviedo, cruzada la cintura con dos o tres vueltas de mecha, encendiendo los cartuchos con el cigarro que fumaban. Esto, unido a una gran disciplina sindical,

adquirida en los viejos Sindicatos, hizo que la rebelión adquiriese una magnitud única. En estos proletarios (muchos de ellos afectos al comunismo, que en los últimos tiempos adquirió allí gran preponderancia), el reformismo socialista no penetró nunca, a pesar de que externamente aparecían disfrutando grandes ventajas sindicales: jornada de seis horas, retiro obrero, instituciones escolares y benéficas. Verdad es, también, que los dueños de las minas de Asturias no han sabido nunca hacerse amar de sus hombres, ni introducir en el trabajo mejoras de orden técnico.

Sin embargo, también en Asturias, donde se había hecho el frente único, se notó una depresión del entusiasmo anarco-sindicalista. En Gijón, donde domina esta tendencia, el movimiento no tuvo la importancia que en la cuenca minera y Oviedo, zonas francamente socialistas. El plan era apoderarse de la capital y proclamar allí la dictadura del proletariado. Para ello; miles de mineros cayeron sobre Oviedo y se apoderaron de la fábrica de ar-

mas. La falta de dirección militar hizo que no pudieran vencer a una guarnición de apenas 2.000 hombres, refugiada en sus cuarteles. Además, en seguida se acentuaron las disensiones por las distintas tendencias que mantenían los miembros de los Comités. En diez días hubo tres Comités revolucionarios cada uno de un matiz distinto.

No es cierto que los revolucionarios destruyesen la ciudad; algunos edificios fueron incendiados por la aviación y un teatro, posición de los mineros, destruido por las tropas del Gobierno. Tampoco son ciertas las escenas de crueldad por parte de los revolucionarios, que refirió cierta prensa. Algún caso aislado no abona semejante conducta. Los mineros fueron en general humanos y benévolo y respetaron a los prisioneros, muchos de ellos sus enemigos de clase. Lo ocurrido en Turón es la excepción que confirma la regla. No puede, en cambio, decirse lo mismo de la represión. Después de vencidos y sometidos, los obreros han sido tratados como gente fuera de la ley. Por último, la verdad es que los catorce millones de pesetas que se "expropiaron" al Banco de España, de Oviedo, se han perdido. Las camionetas que llevaban el dinero fueron desvalijadas por los aldeanos y por sus propios custodios.

La revolución ha fracasado porque carecía de clima social propicio; si hubieran intentado los socialistas un movimiento de defensa de la Constitución y la República, habrían triunfado. Pero está

visto que inmediatamente después de haber participado en gobiernos burgueses, no les era posible improvisar el espíritu revolucionario para una lucha a fondo como la que quisieran plantear.

LOS SAQUEADORES DE LA REVOLUCION

Este relato está hecho sobre el manuscrito de un testigo de la revolución. No se cuenta en él más que lo que el autor del documento ha visto por sus propios ojos. Por eso se omite algún episodio resonante, pues nada se quiere contar de memoria, y es preferible pasar por alto algún hecho antes de falsearlo.

La narración llega hasta el punto y hora en que los revolucionarios abandonan Oviedo. De lo que pasó después hablarán otras crónicas, no menos impresionantes, sin duda alguna. A la revolución de Asturias hay que juzgarla generosamente, con arreglo a un criterio histórica, sin ocultar sus errores ni añadirle crueldad. Yo he sentido, como el que más, el dolor de ver correr la sangre por aquel país que es mío, que está unido a la intimidad de mi corazón, porque en él se han mezclado mis luchas y mis triunfos. Las calles devastadas de Oviedo, sus ruinas innumerables, sus árboles destrozados y sus torres caídas, pesan sobre mi alma, porque, además, todo eso va unido a los recuerdos

de mi primera juventud. Pero me duele tanto como eso la injusticia que pudo hacer posible la revolución; me conmueve el heroísmo de esos mineros que, sin pensar si van a ser secundados, se lanzan a pelear por una idea que va dejando de ser una utopía, sin pensar si son bien o mal dirigidos, ofreciéndole a la revolución la vida, porque es lo único que tienen.

En cambio, frente a ellos, están sus calumniadores, los mismos que en octubre, temblando de pánico, se disfrazaban y se escondían, para después surgir blandiendo la venganza y la delación. Esa burguesía indigna que pide penas de muerte y hace de ellas un programa político, no puede despertar en las clases populares otra cosa que odio y repulsión. Hemos visto a ciertos hombres y ciertos partidos aprovechar la revolución de octubre para apoderarse de los Ayuntamientos, de la Diputación, de los organismos que el voto popular en su día les había negado y reponer en él al más viejo, inmundo y desacreditado caciquismo. Estos son los verdaderos saqueadores . de la revolución. Los saqueadores han llegado á extremos tales, que las propias autoridades de Oviedo han tenido que oponerse a la consumación de ciertas venganzas y a la realización de ciertos negocios. Se quería especular con el dinero, concedido por el Estado para la reconstrucción de Asturias, poner precio al dolor,

comerciar con los escombros de la ciudad deshecha. Desde aquí y ante la España de mañana, lanzo mi desprecio a estos saqueadores de la revolución.

J. DIAZ FERNÁNDEZ

Mieres inicia la Revolución

T

MIERES INICIA LA REVOLUCION

El primer grupo.-Empiezan a bajar los mineros.-La marcha sobre Oviedo.-El alistamiento.-Los frentes de combate.

Mieres fué la base de la revolución. Es un pueblo grande y negro, diseminado en la falda de una montaña, desde la cual le anuncia un resplandor rojo, el de las fábricas metalúrgicas. La inmensa cuenca minera, que se extiende desde las estribaciones del Pajares hasta los umbrales de Oviedo, desemboca en Mieres, donde están instaladas las industrias más importantes, las oficinas de las empresas y los técnicos. Allí están también las casas obreras, pintadas de bermellón, donde al atardecer hormiguean los hombres vestidos de mahón, las mujeres despeluchadas y asténicas, con los grandes ojos enrojecidos por la temperatura del taller y de la escoria, y los chiquillos sucios, desgarrados, hostiles, que

salen a la busca del carbón a las orillas del río, al borde de los lavaderos.

Al atardecer del día 5 salieron por todos los caminos de la montaña emisarios de los comités revolucionarios anunciando para el día siguiente la huelga general y la sublevación armada. Los grupos de Mieres no tenían armas. Había, sin embargo, que encontrarlas y para eso se brindó un grupo de comunistas y socialistas que salió de madrugada armado de pistolas y escopetas. Este grupo fué, sin duda alguna, el que inició la revolución. Se dirigió, primero, al cuartelillo de la guardia municipal. Allí la empresa fué fácil. El retén dormía sobre los camastros, y cuando los guardias vieron entrar aquella fuerza, compuesta, además de personas conocidas, apenas tuvieron tiempo de volver de su sorpresa. Los revolucionarios les quitaron las armas y las municiones y salieron para dirigirse a una armería próxima, en cuya puerta golpearon furiosamente. Por una ventana asomó el dueño, que fué invitado a entregar las armas.

El comerciante no hizo resistencia. Pero antes de franquear la entrada a los revolucionarios, llamó por teléfono al cuartel de Asalto. Por eso cuando aquéllos se dedicaban a recoger las escopetas y cartuchos de la tienda, apareció la camioneta de los guardias de Asalto. Antes de que echasen pie a tierra, los

revolucionarios dispararon. Tres guardias cayeron entonces heridos. Los demás, pensando que los atacantes lo eran en mayor número retrocedieron hasta el cuartelillo de la guardia urbana, donde se hicieron fuertes.

Pero esta fué la señal de la lucha. Los mineros comenzaban a llegar de sus aldeas con sus carabinas y sus pistolas. Una inmensa multitud se congregaba en la plaza de la Constitución, desde donde partían columnas de voluntarios para rendir los cuarteles. Algunos mineros iban armados con cartuchos de dinamita, dispuestos a volarlos en caso de resistencia. Y lo que sucedía en Mieres ocurría casi simultáneamente en los demás pueblos de la cuenca, en Aller, en Pola de Lena, en Turón. A las ocho y media de la mañana la fuerza pública de aquella zona se había rendido totalmente, no sin haber tenido duras refriegas con los revolucionarios. La avalancha era tal, sin embargo, que la cuenca entera estaba en armas, desmandada, como un río en crecida que todo lo arrasa.

En la plaza de Mieres se registraron escenas impresionantes. Después de rendirse los guardias de Asalto, las masas pedían que dos de ellos famosos por su dureza en reprimir manifestaciones, les fueran entregados. El Comité se negó a ello. Estos dos guardias estaban heridos y había que trasladarlos al hos-

pital de sangre. Cuando la multitud los vió llegar a la plaza, protegidos por algunos obreros, se destacaron hasta diez escopeteros que los reclamaban para rematarlos. Los obreros tuvieron necesidad de cubrirles con sus cuerpos para que no disparasen sobre ellos. Pero uno de los guardias, en un acceso de pánico, con el uniforme desgarrado y cubierto de sangre, quiso huir rompiendo el cerco de los que le protegían. No bien lo había hecho cuando cayó muerto *de dos* tiros de escopeta.

Mediada la mañana, millares de obreros se congregaban alrededor de la Casa del Pueblo, desde donde se transmitían las órdenes del movimiento. El Comité de Transportes se había incautado de camiones y automóviles. El de abastecimiento había centralizado los víveres, declarando la abolición del dinero, facilitando en cambio los bonos de aprovisionamiento para la población civil.

Delante de la Casa del Pueblo se iban congregando camiones y automóviles, cuyos motores trepidaban como bestias impacientes. De vez en cuando, en medio de la trágica barahunda, sobresalían voces nerviosas y enérgicas:

-¡Revolucionarios voluntarios para Oviedo!

-¡Revolucionarios voluntarios para Campomanes!

Los hombres se lanzaban al asalto de las camionetas, deseosos de ser los primeros en marchar. La mayoría entraba en ellas sin armas, porque no las había para todos. A los mineros se les notaba la decisión de entrar en combate desafiando el mayor peligro, convencidos de que aquella lucha era más que necesaria, fatal. Se despedían de los amigos con cierto júbilo, y no era raro oír desde lo alto de los camiones diálogos y bromas a cuenta de las terribles jornadas..

-¡También se muere en la mina, chacho!
--gritaba uno, armado con un viejo fusil casi inservible.

-Verdad; verdad. Ayer tiré las herramientas al río. ¡Viva la revolución!...

Al mismo tiempo que se organizaban las expediciones de guerra, grupos de obreros asaltaban los polvorines y se apoderaban de la dinamita que se utiliza en las faenas mineras. Otros ocuparon los talleres y fábricas metalúrgicas, donde se formaron equipos para preparar las bombas que habían de utilizarse en el ataque. Algunos de estos artefactos eran verdaderas máquinas infernales. Contenían dos paquetes de dinamita-unos cuarenta y dos cartuchos-y diez kilos de metralla hecha con recortes de varillas de acero. En estos talleres trabajaban día y noche numero-

sos obreros. Se construyeron allí más de cinco mil bombas.

El cuartel que más tardó en rendirse fué el de Campomanes, pueblo' minero de la línea del Norte, fronterizo con León. Allí resistía un cabo de la Guardia civil con unos cuantos números. Al conocerse la noticia en Mieres, salieron numerosas expediciones de revolucionarios, que a las tres de la tarde habían logrado rendir a la fuerza pública, después de matar al cabo y herir gravemente a dos guardias. Como desde el cuartel se había pedido refuerzos a León, poco después apareció un camión con guardias de Asalto, que llevaba emplazada una ametralladora.

En aquel momento los mineros, concentrados en gran número eran dueños del pueblo. Los guardias indudablemente ignoraban que les esperaba allí un verdadero ejército. Apenas el camión asomó por una de las calles de Campomanes, una descarga cerrada destrozó la mitad de la dotación. Los guardias no tuvieron tiempo siquiera de utilizar la ametralladora. Los supervivientes se lanzaron a tierra y desplegados fueron a refugiarse en una fábrica donde a los veinte minutos fueron aniquilados. Sólo un cabo y dos números lograron huir, a monte traviesa, camino de León.

El terreno favorecía los designios de los revolucionarios. Toda la zona, a partir de Pa-

jares es una sucesión de picachos y colinas, con profundos corredores flanqueados de arbolado, donde pueden parapetarse miles de hombres sin ser vistos. Al día siguiente de la primera refriega, los mineros organizaron espontáneamente un frente de combate. Las órdenes de los comités eran lentas y vacilantes, pero los hombres comprendían por instinto las exigencias de la guerra y se preparaban al ataque. Presumían que por la línea de León llegarían fuerzas dispuestas a reducirlos. Aunque el entusiasmo creaba los rumores más optimistas, anunciando el triunfo proletario en todas partes, los mineros esperaban el combate.

En efecto, pocas horas después aparecían las primeras fuerzas militares: las del batallón ciclista de Palencia, seguidas de otras dos unidades de Infantería. El choque fué durísimo. Las fuerzas de vanguardia sucumbieron casi totalmente; pero las restantes, a costa de grandes pérdidas, pudieron ganar la posición de Vega de Rey, en la cual resistieron el asedio incesante de los mineros durante una semana, desde el 8 al 16 de octubre, fecha en que aflojó definitivamente la presión revolucionaria.

La marcha sobre Oviedo fué más fácil. Cientos de mineros se alistaban para el frente. La primera refriega entre la fuerza pública y los

sublevados, tuvo lugar en plena carretera, en la llamada cuesta de la Manzaneda. Los guardias ocuparon las casas y desde allí quisieron cortar el paso a los grupos. Fué inútil. Los revolucionarios, en medio de continuas descargas, ocuparon la loma más alta desde la cual dominaban la posición de la fuerza. Esta no tuvo más remedio que abandonarla y batirse en retirada hacia los montes próximos. Allí fueron cazados los guardias uno a uno, mientras los mineros, tras de despojarles de correaje y armamento, marchaban como una tromba sobre Oviedo, donde comenzaron las nuevas y trágicas jornadas.

En la carretera quedaban mezclados y barajados por el destino cadáveres de guardias y de revolucionarios. Al día siguiente, los labriegos de las aldeas próximas abrieron una fosa en la falda del monte y los enterraron apilados, bajo el ronco zumbido de los primeros aviones.

La lucha en Campomanes

II

LA LUCHA EN CAMPOMANES

"El Porteño" y su grupo.-Champán para los parias.-Desorden en el frente.--El asalto. La muerte oscura.

En el frente de combate de Campomanes se reunieron alrededor de tres mil mineros. Las armas eran escasas. Hasta que cayó en poder de los revolucionarios la Fábrica de la Vega, de Oviedo, no hubo armamento suficiente. Por otra parte, los mineros luchaban desordenadamente, sin una organización regular, actuando por propia iniciativa. Apenas funcionaban los servicios de guerra más elementales. Muchos mineros jóvenes habían llevado consigo sus novias y sus mujeres, y esta fué la intendencia con que contaron. Estas mujeres llenas de coraje y de rebeldía, les alentaban y ayudaban, pero constituían un impedimento extraordinario en la lucha con las tropas.

Los primeros grupos medianamente organi-

zados que llegaron, procedían de Moreda. Al frente de uno de ellos iba un revolucionario que se había destacado por su decisión y valentía en la toma de los cuarteles. Se llamaba Gerardo Monje y trabajaba como listero en unas obras municipales. Monje había estado en Buenos Aires y hablaba todavía con acento porteño. Era un tirador magnífico. Llavaba el máuser y el corraje de un guardia civil y sus compañeros le acataban como jefe indiscutible. Lo primero que hizo fué nombrar su lugarteniente a un muchacho joven, picador de mina, llamado Antonio Martín. El comité de Campomanes encargó a Monje la toma de la estación de Linares, en la que según confidencias había un convoy de víveres. En cambio los obreros del pueblo carecían de ellos. Suponían que la estación estaría defendida por fuerzas militares y reclamaban la presencia de los revolucionarios para atacarlas.

Monje dispuso sus hombres para la lucha. Pero cuando llegó a las inmediaciones de la estación se encontró que allí estaban solamente el jefe y algunos ferroviarios.

-¡Pero qué "sonsos" !-exclamó Monje, irrumpiendo con sus hombres en la estación-. Tienen víveres al alcance de la mano y pasan hambre.

Inmediatamente procedió a la requisa de

vagones. Había allí harina, legumbres, conservas, e incluso unas cajas de champaña.

Los vecinos que habían llegado detrás de los mineros, quisieron participar en el botín, lanzándose en desorden sobre los víveres. El "indiano" los contuvo. Disparó a los pies de los primeros asaltantes y éstos aterrados retrocedieron. A uno, más decidido, que no quiso hacer caso tuvo que barrenarle de un tiro el brazo derecho. Luego dijo

-¡Atrás todos! Aquí nadie se lleva nada, hasta que yo disponga cómo se ha de llevar. Comerá el que tenga hambre, pero no admito "macanas"...

Después ordenó a sus hombres que protegieran el reparto. A los vecinos los colocó en fila

-A ver, usted, "vieja", delante. Todos en fila al tercer vagón. Vosotros-a sus compañeros-, aquí con el fusil preparado, por si queda por ahí algún "chingao" que quiera dárse las de guapo.

Luego abrió un vagón:

-Los que necesiten patatas...

Fué distribuyéndolas equitativamente. Luego repartió legumbres, harina para pan, latas de conserva.

-¿Están ustedes satisfechos?

Alguien rezongó, disconforme

-No admito "macanas", ¿sabe?-replicó

rápido-. Por esos pueblos hay también necesidades y niños que no comen. Todos tenemos derecho a vivir y ustedes van arreglados para unos días. Lo que queda lo repartiré ¿sabe? No tocaremos nosotros a tanto...

Cumplió su palabra. Aquellas mercancías remediaron un poco la escasez que se notaba en los pueblos del contorno, donde algunos días costaba cuatro horas de "cola" recoger el valor de dos pesetas en víveres. Muchos de los saqueos de aquellos días tuvieron su origen en el hambre y la impaciencia de las masas.

Gerardo entregó al comité de Abastecimientos los géneros restantes. Pidió qué se reservasen las cuatro cajas de champaña para sus hombres

-Quiero "escanciarlas" una noche, para que estos parias del monte beban lo que beben los burgueses en los hoteles caros

Al día siguiente le encargaron de copar un cañón emplazado por las tropas en una posición peligrosísima

-Ese cañón-dijo el presidente del comité, comunista destacado-domina nuestros frentes. Varios camaradas han caído todos estos días. Nos hace tanto daño el cañón como los aviones.

Gerardo Monje respondió

--Se copará el "cañoncito", camarada. Pero yo rogaría también al camarada que se aten-

diese un poco a los trabajadores que luchan. A veces se pasan el día entero sin probar bocado.

En efecto, la organización era desastrosa. Reinaba una completa anarquía en los servicios auxiliares. Los mineros presentían que el final de la lucha no podía ser otro que la derrota. El frío, aquellos días, en la montaña, era intensísimo. Llovía y granizaba con frecuencia. Los mineros, a la intemperie, sin mantas ni abrigos, aguantaban estoicamente aquella campaña inesperada. Algunos estaban semidescalzos, con los pies encharcados en unas botas deterioradas, o en unas alpargatas ya inservibles. Los sostenía sólo la esperanza de que la revolución estuviese triunfando fuera de allí, aunque la verdad es que estaban incomunicados habitualmente, sin más que alguna que otra proclama que llegaba desde Mieres, redoblando en ellos la fe en la revolución.

En las casas cercanas al frente, desde donde se hacía el aprovisionamiento de los grupos, había un desorden inaudito. Las mujeres repartían las raciones sin orden ni concierto. Algunos "emboscados" saqueaban los depósitos y huían a esconderse del fuego.

Gerardo, con su pequeña columna, cumpliendo instrucciones del comité, quiso corregir defectos. Era ya tarde, sin embargo, para

poner las cosas en su lugar y dar a la resistencia una mediana organización. En realidad, los comités que controlaban aquel frente habían dejado incorporarse a él las gentes menos útiles. Nubes de rateros y de maleantes, de mujeres y de chiquillos merodeaban por allí, sembrando el desorden y la anarquía.

El movimiento se había escapado de las manos de los dirigentes. El comité se limitaba a enviar patrullas de veinte hombres, como si se tratase de ganar batalla tan difícil con golpes de audacia, venciendo hoy una posición y mañana otra. Faltaba una técnica de la revolución. En cambio, había pelotones de jóvenes mineros con valentía y arrestos para enfrentarse con la muerte y ofrendar sus vidas a la revolución. Mientras los románticos revolucionarios, hambrientos y descalzos, daban su vida en el parapeto, otros que nada hacían comían su pan y llevaban su abrigo y sus zapatos, repartiéndose las prendas que procedían de las confiscaciones revolucionarias.

Fué casi inútil que Gerardo Monje enviase al comité de Mieres una comunicación interesando cuantos abrigos, cueros, checos, trincheras y zapatos quedasen en los comercios sin distribuir. Cuando una pequeña remesa llegó al frente, la mayor parte de las prendas estaban inservibles. Hubo revolucionario que para descansar unas horas, libre de las ropa

empapadas de agua, se quedó **totalmente desnudo** entre la hierba de un pajar, como una hormiga en su hormiguero.

A los tres días de llegar Gerardo al frente amaneció un hermoso día. Hermoso porque el sol doraba la cumbre de las montañas; pero terrible para los que habían de batirse con la aviación, la fusilería y los obuses. Los mineros casi preferían, los días lluviosos y con niebla.

Mientras el sol iba limpiando de oscuridades las montañas, los revolucionarios tomaban posiciones tras los árboles y argomales, para combatir a las tropas y despistar a los aeroplanos que arrojaban bombas y disparaban sus ametralladoras.

En seguida el fuego de cañón alternaba con el bombardeo aéreo. La estribación derecha, al bajar de Pajares, era la más comprometida porque carece de vegetación. Diseminados y acurrucados al abrigo de cualquier arbusto, los mineros de vanguardia veían caer las bombas, sin dejar de disparar a su vez, también con éxito. Cuando un compañero era alcanzado por un casco de metralla, había siempre un par de voluntarios dispuestos a cárgárselo a las espaldas para conducirlo a la ambulancia y desde allí al hospital de sangre. Algunas veces aquellos trágicos convoyes eran descubiertos por la aviación; pero ellos no

abandonaban la' carga y corrían con ella para que los aviones no pudiesen situar el tiro. Alguno pereció en este trágico regate por salvar a un compañero herido.

La lucha era demasiado desigual durante

los días claros.

Al asomar aquella mañana la escuadrilla de aviones por el Pajares, los revolucionarios estaban ya en sus madrigueras de la ladera izquierda. Los aparatos evolucionaban sobre las posiciones de las tropas y sobre las del frente rojo, sin descubrir un solo revolucionario. Cuando pasaban sobre las casas donde se habían estacionado las tropas, los mineros oían un gran griterío

-¡Viva España! ¡Viva España!

Saludaban a los libertadores. Porque el asedio de los mineros no llevaba trazas de concluir, a pesar de conocerse la suerte adversa de la revolución.

Los hombres de Gerardo Monje estaban escondidos tras los árboles y se disponían a apoderarse del cañón. Gerardo se reprochó que antes no hubieran intentado realizar aquel servicio:

-Son tantas las cosas que hay que hacer aquí...

De vez en cuando un obús rasgaba el viento, seguido al instante de una sorda explosión. Luego se oía la detonación del disparo. Des-

pués, otra y otra. Era la señal para que la aviación precisara, por las explosiones de las granadas, la posición de los revolucionarios. El cañón servía, en realidad, de guía.

La ofensiva de las tropas duró toda la tarde. Tronaban los cañones con el seco acompañamiento de las granadas. La aviación, zumbando contra el cielo inclemente, arrojaba cargas de metralla. Los mineros permanecían envueltos en está lluvia mortífera, contra la que no podían casi nada. Es verdad que tenían también un cañón; pero las municiones carecían de espoleta y sus disparos eran poco menos que inútiles.

La única defensa eficaz era el tiro de fusil contra los aviadores. Gerardo disparó una vez y el avión acusó por su repentina vacilación, la herida del piloto. El bombardero debió lograr, sin embargo, apoderarse del mando, no sin que antes el aparato emprendiese una acrobacia desesperada, como para desplomarse. Pero se estabilizó de pronto y desapareció raudo tras el puerto de Pajares.

Gerardo comentó con ironía

-Uno que ya no nos estorba más. Desgraciadamente aún quedan bastantes.

Las bajas de los mineros lo acusaban. A Pesar del peligro habían sido recogidos un muerto y cinco heridos graves. Uno tenía un brazo molido por los cascotes y desgarrado

profundamente; ni siquiera se quejaba. Otro fué alcanzado en las dos piernas, que sólo tenía sujetas por jirones de carne sanguinolenta. Este era un obrero de rostro cobrizo. Decía con voz débil:

-Yo muero... Acordaos de mis hijos. Si triunfamos, sabréis corresponder...

Luego quiso incorporarse:

-Dadme el fusil... Pero... no puedo... no puedo. Dejadme descansar tumbado. Que otra bomba acabe conmigo.

Poco después palideció intensamente y murió en brazos de un camarada. Los mineros miraron con una mezcla de fervor y de espanto aquella cara ya lívida. Fué un soldado oscuro del marxismo, del que nadie hablará más.

Se le enterró en el monte, cerca de un arroyo, cuyas aguas bajaron muchos días mezcladas con sangre.

Los mineros esperaban ya el intento de asalto a sus posiciones. Pero esperaban por su parte la noche para atacar, libres de los aeroplanos.

-¡Qué nadie se mueva!-dijo Gerardo Monje.

Después de las cuatro de la tarde se vió salir a la fuerza desplegada en guerrilla para apoderarse de las posiciones revolucionarias. Al mismo tiempo la aviación seguía lanzando

bombas. Los cañones disparaban sin tregua. Los revolucionarios dejaron desplegarse a las tropas. A menos de quinientos metros hicieron una descarga cerrada que ocasionó varias bajas. Eran tiros seguros de cazadores.

-¡Cuerpo a tierra!-ordenó alguien a los soldados.

Pero los revolucionarios se estaban quietos.

-Acostados no avanzan-decía Monje-; cuando se pongan en pie, ¡duro!,

Los soldados se enderezaron nuevamente y echaron a correr agazapados. Las descargas rojas les hacían doblegarse y desistir. Iban todos a una muerte segura. No tuvieron más remedio que retirarse.

Tres soldados quedaron, sin embargo, rezagados y fueron capturados por los revolucionarios.

-¡No nos matéis! Nosotros estamos aquí obligados.

Se les llevó al depósito de prisioneros.

-Al fin y al cabo-decía un minero-, sufren como nosotros.

Por ellos se enteraron los mineros de la difícil situación de las tropas durante los primeros días. No podían enterrar sus muertos. Los víveres les fueron arrojados desde los aeroplanos, después de pasar hambre cuatro días. Si los cañones revolucionarios hubiesen disparado con espoleta, habrían sido aniquilados.

Aquella noche era preciso copar el "cañoncito". Destacaba este cañón entre los emplazados por las tropas por su posición estratégica. Dominaba toda la ladera del monte, por la parte Norte. En las horas de bombardeo aéreo, sus disparos señalaban con precisión la situación de los mineros. Se hablaba de él en los pueblos sublevados como de la peor máquina enemiga.

Gerardo Monje, con su grupo, se había comprometido a enmudecerlo. Aunque otras faenas de la lucha le habían obligado a "demorar", como él decía con su acento porteño, de aquella noche no pasaba. Al riscar el alba había que apoderarse de la pieza. Los rojos sabían que estaba defendida por una sección al mando de un teniente. Había, además, una ametralladora.

En efecto, a la luz levísima del amanecer se lanzó el grupo a la temeraria empresa. El teniente los debió descubrir y pensó, sin duda, prepararles una emboscada. Situó a sus hombres fuera de la posición para envolver a los asaltantes. Unos pocos quedaron custodiando el cañón y rompieron el fuego los primeros, lo que hizo que los revolucionarios no pensasen en la emboscada. Pocos metros antes del reducto, se dieron cuenta que estaban copados. Gerardo gritó

-¡Compañeros, ánimo y fuego

Las fuerzas les acosaban. El teniente que estaba de pie, disparando su pistola, gritó a su vez:

-Es inútil. Moriréis todos si no os entregáis.

Apenas dijo esto, un tiro certero de Gerardo lo hacia rodar. Un sargento y tres soldados cayeron también, mientras Gerardo exclamaba

-¡Animo, camaradas!

Fueron sus últimas palabras. Antonio Martín, que disparaba cerca, vió corno a su amigo le cala el fusil de las manos y se desplomaba sin exhalar una queja, muerto de un balazo en el pecho.

Otros mineros estaban muertos y heridos. Antonio Martín tuvo que disponer la retirada, mientras un grupo de sus hombres se apoderaba de una ametralladora de la tropa. El cañón, en cambio, continuaba en lo alto de la loma, confabulado con los aviones de bombardeo para batir a los pueblos en armas.

i

El tren blindado

III

EL TREN BLINDADO

Un fogonero ascendido.-¿ Quién es el "Roxu" ?-La primera avería.-¿U. H. P. !-El bombardeo aéreo. -Las deserciones.-El "Roxu" se entrega.

En vista del avance inminente de las fuerzas militares, el comité de Mieres, a instancia de algunos jóvenes revolucionarios, dispuso la salida para Campomanes de un tren blindado, con hombres de refresco.

Esto sucedía en la madrugada del día 13. A pesar de haber transcurrido una semana de lucha y hallarse en su apogeo los combates de Oviedo, no fue difícil encontrar voluntarios para la expedición. El tren quedó formado con seis vagones, donde iban unos doscientos hombres armados con mosquetones traídos de Oviedo. En otro vagón se cargaron vituallas recién requisadas en las aldeas, adonde apenas llegaba el eco de la revolución. Empezaban

entonces a escasear los víveres, entre otras razones porque en los comités de abastecimientos reinaba una total confusión

De madrugada empezó a formarse el tren. Hubo que improvisarlo todo. El material estaba en desorden en las vías muertas, tal como había quedado una semana antes, al surgir los primeros chispazos. Los ferroviarios no aparecían por parte alguna. Grupos de obreros recorrían sus domicilios, donde les contestaban, temblando, que nada sabían de ellos.

-¿Quién va a conducir el tren?-preguntaban de aquí y de allá, mientras los grupos iban engrosando y repartiéndose por el estrecho andén, por las oficinas de la estación, hasta derramarse en la explanada próxima. Se hablaba a gritos, nerviosamente, contándose impresiones y rumores del frente, detalles brutales de los combates. De vez en cuando las blasfemias y las amenazas silbaban sobre el sordo rumor de los atropellados diálogos.

Por fin, a la luz indecisa de las lámparas de la estación, apareció un ferroviario, en medio de varios mineros armados. Venía sin gorra, alteradísimo, agitando los brazos

-Yo llevo el tren, pero no respondo...

De pronto se paraba y exclamaba insistentemente:

-¡No respondo! ¡No respondo!

Era fogonero del Norte. Le hicieron subir

a la máquina y allí, ayudado de varios obreros, empezó la faena, mientras otros engancharon los vagones, los cubrían con el blindaje, cargaban los víveres, o discutían furiosamente sobre lo que convendría hacer. No había jefe. De vez en cuando, algún individuo del comité era abordado por un grupo de voluntarios que le planteaban cualquier problema de la organización del convoy. El directivo vacilaba, decía una cosa y luego otra, y al fin se escabullía. Los expedicionarios tenían que resolver entonces por sí mismos, farfullando insultos contra "estos babayos (1) del comité".

El más enérgico de los expedicionarios era un muchacho rubio, casi rojo, al que todos, en efecto, llamaban "Roxu". El "Roxu" iba de aquí para allá, metiendo a la gente en los coches, apuntando las cajas de municiones, colocando centinelas en las plataformas. Nadie le conocía y, sin embargo, le obedecían todos.

-¿Quién "ye esti" rapaz, chacho?

-Non sé. Debe ser comunista.

Lo cierto es que el "Roxu" logró que el fogonero capturado, ascendido por la revolución a maquinista, pusiese el tren en marcha. Aquello produjo entre los que se quedaban y los que se iban cierta emoción. La técnica prole-

(1) Incapaces.

taria, siquiera fuese tan elemental, como la de poner en marcha un tren, triunfaba en aquel momento histórico. El "Roxu" se asomó a una de las ventanillas y gritó con todas sus fuerzas:

-¡Viva el ejército rojo!

El viva fué sofocado por un largo y desgarrado pitido. El fogonero se había cogido al pito de la máquina y lo había oprimido durante más de cinco minutos. Era un grito de socorro y de angustia, más que una señal de marcha. Aquel jornalero pacífico, obligado a sumarse a la rebelión, querría despedirse, quizá para siempre, de la mujer y los hijos, que tantas veces habrían oído indiferentes el pito del convoy.

El tren marchó con regularidad por espacio de media hora; pero de pronto una avería en la caldera le hizo detenerse, entre las protestas de los revolucionarios. El "Roxu", que llevaba un mosquetón colgado al hombro y en la mano una pistola, se convenció por sí mismo que de aquella "panne" inesperada no tenía culpa el fogonero. Varios mecánicos que venían en el tren se dedicaron a hacer un reconocimiento minucioso de la máquina, mientras los demás se tumbaban por las inmediaciones sin abandonar las armas.

La detención duró cerca de tres horas. Al

fin, la avería fué reparada y el tren pudo continuar su marcha.

En todas las estaciones del trayecto fué preciso detenerse. Las familias se agolpaban en los andenes y cambiaban impresiones con los revolucionarios. Contaban los destrozos de los aviones, la fuga de las familias pudientes, las rendiciones de los cuarteles. Al partir el tren hombres y mujeres lo despedían con el puño en alto.

-¡U. H. P. ! (1) -gritaban abajo.

-¡ U. H. P. !-contestaban desde el tren.

Pero cuando este partía, todos se alejaban silenciosos, sumidos en el horror de la revolución.

Era bien entrada la tarde cuando el tren llegó a las inmediaciones de Vega de Rey, donde se parapetaba la vanguardia de las tropas, al borde de la vía del ferrocarril. Las tropas recibieron al tren con una descarga cerrada de fusilería y ametralladora. El tren contestó del mismo modo. Pero los disparos enemigos lograron perforar la chapa de doce milímetros que recubría la máquina, horadando la caldera. Esta empezó a perder vapor y agua y al fin el tren tuvo que detenerse.

En seguida los cañones enemigos comenza-

(1) <Unión, hermanos proletarios>, era la consigna socialista.

ron a vomitar metralla. Del interior del tren salían imprecaciones y blasfemias mezcladas con el silbido de los disparos. Muchos creían que el maquinista había hecho traición. Un minero, tocado con una gran boina, que iba disparando su fusil desde una aspillera, saltó del coche y subió a la máquina.

-¡Tira adelante o te mato!-dijo al pobre fogonero, apuntándole con el mosquetón.

El "Roxu" le apartó el arma:

-No seas bárbaro. Es que la máquina no tira. Mira: convéncete tú mismo.

La máquina, en efecto, no obedecía al regulador. El convoy quedó encallado allí, bajo la metralla de las tropas. De pronto, aparecieron dos aviones, dominando con sus motores el tumulto de las descargas. En medio segundo dejaron caer dos bombas, que no estallaron sobre el tren, sino unos metros más allá. Pero los cascos de la metralla rebotaban en el blindaje, dejando un eco metálico.

El fogonero, acurrucado en su rincón, había abandonado el marido de la máquina.

-Ven acá, cobarde-le gritaba el "Roxu", mientras disparaba-. Algo hay que hacer. Van a acabar con nosotros los aviones.

Pero el ferroviario no se movía. Entonces el "Roxu", desesperado, aflojó los frenos y vio que el tren, gracias al desnivel del terreno, retrocedía.

-Ven aquí que nos deshacemos por esa cuesta.

El fogonero, temblando, obedeció al fin

llevó al tren hasta un túnel entre Ujo y Pola

de Lena, seguido por los aviones que pretendían hincar sus granadas en el convoy como sus uñas dos pájaros de presa.

Aquella noche los expedicionarios del tren marcharon a pie hasta el frente de combate, donde durante dos días sostuvieron encuentros

reñidísimos con las tropas que recibían constantemente refuerzos desde León. Aquel fué

en realidad el último esfuerzo de los mineros para romper la línea enemiga. El "Roxu" quiso asaltar el día 16 los parapetos enemigos. Pero su iniciativa fué recibida ya con frialdad. Aquella noche empezaron las deserciones de los revolucionarios. El día 17 sólo quedaban unos cincuenta hombres con el "Roxu" a la cabeza, dispuestos a resistir hasta que el comité dispusiese la retirada. La verdad es que a aquellas horas no quedaba ya comité alguno. Con un pretexto o con otro los combatientes del frente se habían marchado, para huir por la montaña o buscar refugio seguro. Sabían que el total fracaso de la revolución les pisaba ya los talones.

El "Roxu" cambió impresiones con sus compañeros. Casi todos querían huir.

-Eso nunca-gritó el "Roxu"- . Además,

no sabemos cómo andarán las cosas por otra parte.

Se ofreció a parlamentar con los militares:

-Mientras quedemos nosotros, la revolución no está vencida.

Pero su criterio no triunfó. Todos estaban dispuestos a marcharse. Entonces el "Roxu" decidió una locura:

-Pues yo voy a hablarles a los soldados. Son proletarios como nosotros...

No hubo manera de disuadirlo. Con su fusil al hombro se dirigió a la posición enemiga. Soldados y oficiales le dejaron avanzar, un poco asombrados de lo insólito del caso. Nadie sabe lo que pasó. Sus compañeros le vieron llegar y vieron que a su alrededor se formaba un grupo. El "Roxu" discutía, haciendo grandes gestos. Por fin, los soldados le internaron en el campamento y nadie volvió a saber más de él.

En el hospital

IV

EN EL HOSPITAL

Patricio, el practicante.-La mujer del guardia.-La busca trágica.-El loco del automóvil.-Agonía de un niño.

Los heridos del frente de combate de Campomanes y aquéllos que caían víctimas de la aviación a lo largo de la cuenca, eran hospitalizados en Mieres. Un médico de la Beneficencia municipal, requerido en unión de otros para la asistencia de las, víctimas, sugirió al comité la instalación de un hospital de sangre en la Escuela de Capataces, único lugar apropiado para ello. Se requisaron camas y efectos en las tiendas y casas particulares, se aprovechó el material sanitario de las Casas de Socorro y de las farmacias locales se nombró el personal adecuado, tornado de aquí y de allá, entre revolucionarios y personas de orden. Las enfermeras y sanitarios eran, por lo general, gentes de la masa neutra que se ofrecían vo-

luntariamente a una labor que además de humanitaria, tenía la ventaja de poner a cubierto a los que la realizaban de los azares de la lucha. El personal que pudiéramos llamar político era escaso. Un practicante socialista, llamado Patricio, tenía el mando del establecimiento. Era un hombre discreto, útil, generoso, que tomaba su papel sin arrogancia ni altivez, descargándolo todo lo posible de su carácter clasista. Ha habido muchos proletarios de éstos que en los puestos de responsabilidad se han comportado sin vehemencia ni rencor, ajustando sus actos estrictamente a los deberes de la revolución. Otros, en cambio, los entendían de otra manera. Todo el odio ancestral de los parias subía a su corazón en medio de las inclemencias de la guerra, para desencadenarse en la represalia y el despotismo.

Patricio regía con ejemplar mesura el hospital de sangre. Los facultativos encontraban en él un hombre razonable, que les facilitaba su función, y el personal sanitario veía en él un jefe enérgico y justiciero que no admitía atropellos ni desigualdades. Lo mismo se atendía a los guardias que a los sublevados, y si alguna preferencia se toleraba era para los niños y las mujeres, caídos bajo la metralla, seres neutrales en el terrible y enconado combate.

Las escenas dramáticas se sucedían día y noche en aquellas salas donde días antes se oían las risas y vayas de los muchachos que estudiaban la técnica elemental de las labores mineras. Aun quedaban allí los encerados, los mapas geológicos, las escuadras, los cartabones, los telémetros, arrinconados entre gasas empapadas en sangre y en tintura de yodo.

El primer día de la revolución, cuando ya había instalados allí numerosos heridos, llegó como loca la esposa de un guardia civil de Santullano, herido de consideración en la toma del cuartel. Ella y su hijo habían sido evacuados antes de que los revolucionarios atacasen el cuartel con dinamita. Había venido a pie, con un niño de la mano, la falda manchada del carbón de la vía. La llevaron a Patricio, que la autorizó para que buscara a su marido.

Aquella escena no puede describirse. El niño iba cogido 'de la falda de la madre, lloroso. Ella, con la ansiedad retratada en el semblante, los ojos muy abiertos, se inclinaba sobre las camas de los heridos, tratando de descubrir entre los vendajes el rostro de su esposo. Cuando las vendas y el esparadrapo no le dejaban detallar bien las facciones, llamaba con voz opaca

-¡ Ramón! ¡ Ramón

Pero Ramón no estaba allí. La mujer fué de un piso a otro, sala por sala, en aquella inqui-

sición inútil. Cuando se convenció de que no

estaba, prorrumpió en gritos espantosos, cortados por el llanto:

¡ AY, me lo habéis matado! ¡ Me lo habéis matado! ¿ Qué hago yo ahora con este hijo, sola en una provincia donde no conozco a nadie-? ¡ No puede ser! ¡ No puede ser!

Y luego, en otro acceso desesperado, dirigiéndose a los obreros y sanitarios, que la escuchaban en silencio, con los ojos bajos:

-¡ Matadnos a los dos también! ¡ Ah, Dios!

Cómo murió mi marido, sin tener quién lo curara y lo atendiera, y sin estar a su lado su mujer -y su hijo!

Los presentes procuraron calmarla. También había heridos hospitalizados provisionalmente en la Casa del Pueblo. Quizá estuviese allí su marido. Cogida de la mano de un obrero, como un ciego de su lazarillo, salió con su hijo para la Casa del Pueblo.

El trayecto estaba lleno de revolucionarios que llegaban para alistarse, o regresaban de las requisas de presos y de víveres de los pueblos vecinos. La mujer miraba a todos con doloroso recelo. Eran, sin duda, los que habían dado muerte a su esposo, los enemigos implacables de los guardias, los que habían dejado a su hijo a merced de la orfandad y la miseria.

Recorría las salas como una autómatas.

Cuando comprobó que tampoco estaba allí su marido, empezó a temblar y a demudarse. El niño la llamaba asustado:

-¡ Mamá ! ¡ Mamá !

De pronto, con la mirada extraviada y la boca llena de espuma, la mujer se abalanzó a la barandilla del pasillo, para arrojarla al patio. Los obreros lograron sujetarla por las faldas, cuando ya oscilaba sobre el vacío.

En una de las camas estaba, vendado, un niño, de unos ocho o diez años. La fiebre hacía más brillantes sus ojos inteligentes y tristes. No se quejaba apenas. Lo contemplaba todo resignadamente, y cuando algún herido exhalaba una queja o solicitaba la presencia de la enfermera, el niño lo miraba profundamente, sin pestañear, durante un largo rato. Su curiosidad infantil estaba alerta, incluso,

en medio de tan terrible situación. De su alma

no se irá nunca, seguramente, la trágica impresión de aquellos días, calcada con sangre, mezclada al despertar de su conciencia.

Los médicos contaban la historia de este niño como uno de los episodios más patéticos de la revolución. El estaba allí sin saber ciertamente la razón de la catástrofe, que de pronto había destrozado su hogar. Procedía del frente de Campomanes. La casa donde vivía con sus padres estaba en medio de los dos fuegos, y fué

necesario abandonarla, la familia se alojó en otra menos peligrosa, aunque también expuesta a ser alcanzada por una granada de cañón o una bomba aérea. Un día, las tropas de vanguardia iniciaron un fortísimo ataque, durante el cual algunas bombas cayeron en el edificio donde este niño, con otros muchos vecinos, había buscado refugio. El niño perdió una pierna y quedó sin sentido. Su padre pereció y su madre cayó gravemente herida. Cuando los revolucionarios los recogieron y los cargaron al hombro para trasladarlos a la carretera donde estaban las camionetas de la ambulancia, fueron perseguidos por un avión que volando muy bajo, quería ametrallarlos. Por dos veces tuvieron que abandonar a los heridos para no servir de blanco al bombardeo.

El niño, ya en el hospital de Mieres, preguntaba de vez en cuando por su madre. Pero nadie sabía darle razón. Y sin embargo, la madre murió en una de las salas bajas del edificio, sin saber que su hijo, suspirando por ella, estaba gravemente herido en una sala del piso superior.

Las escenas de horror se sucedían sin interrupción. Una tarde entró una mujer, con dos criaturas, herida por la metralla, cuando esperaba en una cola de pan. Un mendigo de barbas blancas, llamado Pedro, conocido en

toda la cuenca, presentaba sus pies destrozados por los cascotes, como un santo martirizado. Aquel mismo día, en el patio, tuvo lugar una escena terrorífica. Un minero casi atlético, mordía sus manos, de donde salían túrdigas de piel. En vano pretendían sujetarle los enfermeros y sanitarios. Lograba desasirse de los que le sujetaban y volvía a su espantable autofagia. Hasta que se logró reducirlo. Sufría un repentino ataque de locura.

Pero el episodio que parece sacado de un relato de Poe, es el de Lucero, un joven socialista de diecinueve años, chófer de profesión. El comité de Oviedo le había enviado a Mieres conduciendo un automóvil en el que iban otros dos revolucionarios, encargados de determinadas gestiones. Era el momento álgido de la lucha en la capital. Uno de los que iban en el coche, obsesionado con una supuesta persecución de las tropas, empezó a gritar:

-¡ Más de Prisa! ¡ Más de prisa, que vienen!

-¡ Si no viene nadie, hombre!

-¡ Más de prisa!

-Vamos a ochenta; no puede ser más.

Pero el obseso se había puesto de pie en el coche y por más que su compañero, quiso calmarlo, no lo logró. Sacó una navaja barbera y dándole al chófer un terrible tajo en el cuello, dijo

-Toma. Para que no nos entregues a los revolucionarios.

Lucero paró el coche. Entonces el loco, huendo a campo traviesa, repetía:

-¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! ¡Vamos de prisa!

Lucero, que tenía una herida mortal en el cuello, tuvo que seguir hasta Mieres conduciendo el coche. Cuando en el hospital se disponían a curarlo, cayó muerto.

Otra tarde entró Bautista, un minero que hacía guardia en la Casa del Pueblo, con su mujer y sus dos niños. Los tres estaban heridos por la metralla aérea. Bautista iba con su fusil al hombro. Pero Patricio, el practicante, tan pronto lo vio entrar, le hizo dejar fuera el fusil.

-Aquí no tenemos nada que ver con las armas.

Se habilitó una cama para la mujer, que tenía un brazo destrozado, y otras para los niños. El niño era moreno, carirredondo, con una dulzura infinita en el semblante. Estaba muy grave. Tuvieron que hacerle una amputación delicadísima. El niño, cuando salió de su sopor, llamaba

-¡Papá! ¡Papá! No te vayas. Ven, acuéstate aquí.

Y señalaba un sitio a su lado. Cuando el padre iba a simular que se acostaba, el semblante

te del niño se ensombreció, sus ojos se turbaron. Cinco minutos después dejaba de existir. El padre no dijo nada. Quedó como petrificado, mientras la mujer lanzaba gritos desgarradores.

Momentos después el minero salía de la sala para tomar de nuevo el fusil. Sus sollozos se atropellaban por los pasillos, entre los ayes de los enfermos, el ruido de las ambulancias y los diálogos entrecortados y anhelantes.

Langreo

V

LANGREO

La aldea perdida:-El asedio de un cuartel.
Barricadas casi inexpugnables. ---. Fusilamientos en el cementerio.

Así como [en la](#) cuenca de Mieres, fué fácil rendir a la fuerza pública, en la de Langreo no sucedió lo mismo. Langreo es un inmenso valle, a orillas del río Nalón, que corre sucio, desgarrado y espeso, en medio de unos pueblos apretados y oscuros, desparramados al azar en la falda de la montaña llena de caries y de túneles. La vegetación está manchada de carbón y de humo. Allí, en efecto, se perdió la aldea de que hablaba Palacio Valdés. En época normal los trenes mineros entran y salen en las explotaciones, como alimañas en sus madrigueras. Desde Sama hasta Sotrondio, corre una inmensa prole de pequeños pueblos, donde se amontonan las casas estrechas, sucias, pitañosas, morada de numerosas familias obre-

ras. Lo característico de las zonas mineras es la escasez de viviendas. De modo que los obreros viven hacinados, en misérrimos zaquizamíes que en vez de atraerlos al hogar, les expulsan de él. Gracias a los "chigres" (tabernas) y a las Casas del Pueblo, donde encontraban el mundo civilizado-cine, teatro, cantina, biblioteca-los mineros aprendían los rudimentos de la solidaridad social. La pobreza y el destierro alimentaban cada día su odio de clase y encendían en ellos la rebeldía, atizada más tarde con la propaganda de un marxismo puramente sentimental.

Así como en Mieres domina el socialismo y el Sindicato Minero controla la mayor parte de las organizaciones, en Langreo abundan el comunismo y el anarco sindicalismo. Estos se agrupaban principalmente en el Sindicato Único, que ha sostenido rudas batallas con el sindicato socialista. Uno de los pueblos más importantes de la cuenca, La Felguera, es un reducto anarquista, y fué allí, en los grandes talleres de la Duro Felguera, tomados por los obreros desde el primer día, donde se construyeron las bombas y los blindajes para trenes y camiones que se utilizaron en el asedio de Oviedo.

En la mañana del día 6 la cuenca de Langreo estaba en armas. Los comités de Alianza Obrera habían circulado las órdenes para la

concentración revolucionaria, y los mineros se disponían a tomar el cuartel de la Guardia civil. Pero como se esperaba que ésta recibiese refuerzos de Oviedo se dispuso que varios grupos se situasen en la carretera, desde la Gargantada, mientras otros atacaban el cuartel.

Las fuerzas rojas de Langreo, tenían alguna mayor cohesión que las del frente de Campomanes. Predominaban en ellas los comunistas que se sometían fácilmente a la dirección única. En cambio, los anarquistas actuaban por cuenta propia y en muchas ocasiones desatendieron las indicaciones de los comités. En La Felguera, por ejemplo, intentaron la implantación del comunismo libertario, con la consiguiente abolición del dinero y el cambio de productos en la comuna. Al fin, aquello fracasó. Hubo que abrir las tiendas y hacer el aprovisionamiento según las normas corrientes, tal como lo exigían las circunstancias de la lucha.

Colocados los revolucionarios en los puntos estratégicos de la Gargantada, bien pronto advirtieron la llegada de una camioneta de guardias de Asalto. Venía en ella una sección al mando de un oficial, y temiendo una sorpresa, los guardias llegaban ya con los fusiles preparados. De pronto, una descarga cerrada de los revolucionarios, vino a estrellarse en el

vehículo, que en vez de parar siguió en medio de las balas, mientras los guardias disparaban a su vez. Así pudo llegar al puente por el cual la carretera hace su entrada en Sama. Pero, allí, ya la muralla revolucionaria les hizo detenerse y echar pie a tierra para parapetarse detrás del coche.

La batalla fué enconadísima. Los guardias llevaban dos ametralladoras y barrían las primeras líneas enemigas. Los obreros más arrojados, al lanzarse al asalto de la camioneta, caían para no levantarse más bajo el fuego en abanico. Entonces los revolucionarios carecían aún de las bombas que horas más tarde habían de servir para desalojar el cuartel. También los guardias tenían bajas. Uno de ellos, que sin darse cuenta, se había colocado en un hueco del pretil, recibió un disparo en la cabeza que le precipitó al río. El cuerpo se hundió con el peso de las cartucheras, mientras sus compañeros seguían luchando incapaces de prestarle ningún auxilio.

Por fin, el oficial, un muchacho joven, que contestaba sonriendo a las intimaciones que le dirigían los revolucionarios, decidió avanzar hasta el cuartel, porque su situación era cada vez más comprometida. Saltaron de nuevo los guardias a la camioneta y ésta salió a gran velocidad, mientras sus ocupantes se abrían paso con fuego de ametralladora y de fusil.

El cuartel que estaba en situación apurada, recibió con esperanza aquel refuerzo. En total no llegaban a los cien hombres los que allí se hicieron fuertes. Les acosaban miles de revolucionarios que combatieron toda la noche, mientras construían barricadas con sacos de cemento y chapas de acero traídas de la Duro Felguera. Eran unas barricadas capaces de resistir muchas horas toda clase de metralla.

Al siguiente día, el asedio del cuartel se hizo más estrecho. Cerca del mediodía, los revolucionarios empezaron a atacar con dinamita. Las furiosas descargas de los guardias no disminuían la violencia de los sitiadores, que estrenaban allí las poderosas bombas construídas por los metalúrgicos de la Duro Felguera. El edificio empezaba a caerse a pedazos. Primero se hundió por un flanco y después empezó el derrumbamiento de la techumbre. El capitán Alonso Nart, que con el oficial de Asalto dirigía la resistencia, vió que era necesario abandonar el cuartel. Era una iniciativa desesperada; pero no quedaba otra. El dilema terrible era morir aplastado o cruzar las barricadas casi inexpugnables de los sublevados.

Salieron, sin embargo. Los oficiales, primero, disparando sus pistolas. Después los guardias, en guerrilla, con bayoneta calada y disparando bombas de mano. Lograron atravesar

la línea revolucionaria; pero el acoso de los mineros fué de tal naturaleza, que los guardias no pudieron conservar la disciplina.

-¡A ellos , ¡ A ellos!-gritaban los mineros disparando sus mosquetones y sus escopetas.

Los guardias huían a la desbandada, en pequeños grupos, con dirección a la montaña. Algunos ya no eran jóvenes y en cambio les perseguían mozos ágiles, ciegos de coraje y de sangre, que les capturaron y les dieron muerte, sin atender las indicaciones de los comités.

Los dos oficiales quisieron dirigirse a Oviedo al frente de un pequeño destacamento. Antes de llegar a Gargantada, ya quedaron sin guardias. Perseguidos por los revolucionarios, se refugiaron en una casa del trayecto y aún allí quisieron defenderse. Era imposible. Los mineros venían en avalancha contra ellos, capitaneados por un muchacho de apenas veinte años, sin nada a la cabeza, qué vestía gabardina gris

-Entréguense-les conminó el revolucionario

El capitán Nart, por toda respuesta, hizo fuego contra él, sin herirle.

-¡ Ah, perros!

Otro minero, que venía detrás, iba a disparar contra el capitán a bocajarro. El muchacho de la gabardina le detuvo

-¡Quieto! Hay que cogerlos vivos.

Así fueron capturados los dos oficiales. Mientras los conducían hacia Sama, deliberaban lo que se debía hacer con ellos. El de la gabardina decía que la justicia revolucionaria no podía demorarse. Había que fusilarlos inmediatamente. En cambio, un minero un poco más viejo creía que debían ser entregados en el Ayuntamiento donde estaban reunidos los comités

-Qué comités ni que m...-dijo el de la gabardina-. Lo que hay que hacer es llevarlos al cementerio "pa" ahorrar trabajo.

La bárbara sentencia fué aprobada sin discusión.

-Y tú-agregó el improvisado jefe, dirigiéndose al que se inclinaba por la clemencia-si no sirves "pa" esto, quédate en casa...

Los oficiales se dieron cuenta de que la muerte les pisaba ya los talones. El capitán llevaba la cara manchada de sangre y la guerrera desgarrada. Pero conservaba los guantes Se los calzó, en silencio. Detrás, en otro grupo, venía el teniente, con las manos atadas.

Cuando divisó el cementerio, el teniente, adivinando el propósito de los sublevados, hizo un esfuerzo para desprenderse y huir. Entonces uno de los conductores le hizo varios dis-

paros - y cayó muerto. Unos metros más allá fué fusilado el capitán.

Los dos cuerpos quedaron allí hasta el día siguiente, que fueron enterrados en unión de otras víctimas. Un minero, quizá el mismo que había tenido compasión de ellos, comentó cuando bajaban hacia Sama:

-Pero eran valientes... Hay que reconocerlo.

En aquella frase, tan humana, palpitaba la verdadera justicia de la revolución.

Avance sobre Oviedo

VI

AVANCE SOBRE OVIEDO

El minero y la capital.-La lucha en San Lázaro.-Ataque al Ayuntamiento.-Ampurdían, el dinamitero.-El niño enfermo

Según iban venciendo a la Guardia Civil, los mineros de las dos cuencas iban concentrándose en Sama y en Mieres, de donde partían en camiones y camionetas, camino de Oviedo. Muchos de ellos iban con los correajes y los fusiles de los guardias, deseosos de entrar en fuego, enardecidos por el peligro. La gran ciudad brillante y atractiva, a la que muchos sólo habían entrevisto en rápidos viajes desde sus miserables viviendas del monté, ejercía en los mineros una atracción irresistible. Aquel foco de lujo, de comodidad, de vida fácil, la ciudad a la que escapaban los ingenieros para pasar el fin de semana, allí donde vivían los dueños de las minas de los cuales los que arrancaban el carbón apenas tenían una vaga noticia, les sugestionaba como un imán. En todos los tiem-

pos, mientras la vida esté organizada en fracciones sociales, el impulso que moverá a los hombres será el instinto de poderío. Los rudos mineros querían mandar sobre la capital, someterla. El dominio político implicaba en sus almas simples la conquista de todo lo que hasta entonces les había sido negado. La palabra "revolución", que trepidaba dentro de ellos, como un motor, quería decir sobre todo acceso a una existencia hasta entonces vedada. El hombre de la vida difícil, el desterrado de la aldehuela inhóspita y del suburbio minero llegaba como una tromba a tomar posesión de una existencia nueva. ¿Es extraño que en el descanso de la lucha, en algún comercio abandonado, descorchase alguna botella de champaña y calzase un par de zapatos nuevos?

El primer error grave de los revolucionarios fué dejar expeditas las carreteras que acuden a Oviedo. El día 6 se cortaron las comunicaciones telegráficas y telefónicas; pero se dió lugar a que partiesen de Mieres y Sama automóviles que llegaron al Gobierno civil dando cuenta de la sublevación. Esto dió tiempo a preparar la defensa. Las primeras camionetas de Asalto que salieron para las cuencas, no iban en realidad a sofocar la rebelión, sino a entretener a los obreros para que no llegasen a Oviedo con la rapidez que

se proponían. A no ser por esto, Oviedo habría caído el mismo día 6 en poder de los revolucionarios.

Las primeras escaramuzas en Olloniego y la Gargantada entretuvieron algunas horas a los expedicionarios. Porque los obreros ovetenses, aunque estaban en huelga y preparados para la contienda, no se alzaron en armas hasta que entraron por San Lázaro los primeros núcleos. Allí estaban parapetados los guardias de Asalto, que ocupaban las casas mejor situadas y de construcción más sólida. Los primeros encuentros fueron violentísimos. Como los mineros atacaban principalmente con dinamita, no había modo de detener su empuje. Tras varias horas de fuego intentísimo, las fuerzas tuvieron que retroceder hasta la calle de la Magdalena, la cual desemboca en la plaza del Ayuntamiento. Allí había, convenientemente parapetadas, fuerzas del ejército, que combatieron durante muchas horas, sin dejar avanzar a los atacantes. Desde los soportales, donde estaban emplazadas las ametralladoras, se barría el último tramo de la calle de la Magdalena.

De allí, los rojos no pasaban.

Un minero llamado Feliciano Ampurdíán, que manejaba en vanguardia la dinamita, declaró que iba a desalojar la pla-

za. Ampurdián prendía la mecha de las bombas con el cigarrillo y las lanzaba sobre los parapetos de la fuerza. Su paso se anunciaba siempre con explosiones horribles, hundimientos de techos, rotura de cristales. No era un hombre, sino un monstruo, un aquilón mítico que sacudía el suelo como un terremoto.

-¡ Voluntarios para tomar la plaza!-grito Feliciano, aquella mañana, después de haber pasado la noche disparando.

Más de cien voluntarios aparecieron en pocos minutos para acometer la empresa. Feliciano expuso el plan. Había que avanzar calle adelante, arrojando bombas a los portales donde resistían aún pequeños destacamentos de guardias. Así, sin intermitencias, llegaría al Ayuntamiento

Fueron unos cincuenta hombres los que llevaron a cabo la idea. Las explosiones se producían casi sin solución de continuidad, y así llegaron a la plaza. Los defensores habían ido replegándose hasta el Ayuntamiento, y desde los soportales, desde los balcones, desde la iglesia inmediata, las ametralladoras disparaban sin cesar.

Los revolucionarios prepararon diez bombas de las más potentes y se lanzaron a desalojar los soportales. Allí caían los guardias envueltos en cascotes y trozos de pared. Los

que servían las ametralladoras tuvieron que abandonarlas y retirarse hacia el. Fontán. Desde Santo Domingo y Campomanes, las fuerzas seguían disparando. Ampurdián y los suyos se dispusieron a tomar el edificio de las Consistoriales

-Hay que acabar con los que están arriba. Entonces Oviedo es nuestro.

Inició el ascenso por la escalera principal. Pero antes de llegar al primer piso caía acribillado a balazos. Arrojando sangre por la boca, con la cara destrozada, aun gritó

-¡ Quemarlos vivos!

El grupo, lleno de rabia, subió disparando sus mosquetones. Varios guardias perecieron en la defensa y otros huyeron por las puertas laterales.

Así se apoderaron los revolucionarios; del Ayuntamiento de Oviedo. De todos modos, tardaron todavía en dominar el barrio. La plaza de Cimadevilla había que atravesarla en medio de las balas gubernamentales. Los sublevados quisieron retirar el cadáver del camarada Feliciano, pero cuando un minero pretendió atravesar la plaza llevándolo sobre la espalda, fué muerto a tiros desde un balcón próximo. Lo curioso es que los dos cadáveres quedaron varios días en medio de la plaza, en medio de una enorme mancha negra, que había sido una laguna de

sangre. Cuando las tropas no veían ningún rebelde sobre el cual disparar, disparaban contra los dos muertos, fusilados cientos de veces durante dos días.

Al día siguiente, los rojos tomaron dos calles próximas. Donde encontraron gran resistencia fué en el cuartel de Carabineros. Algunos proponían incendiar el edificio, y hasta se trajeron unas botellas de líquido inflamable para llevar a cabo el propósito. Pero unas mujeres de las casas de enfrente comenzaron a gritar:

-¡Hay mujeres y niños en el segundo piso!

Entonces, los mineros desistieron. Pero como les urgía deshacerse de aquel enemigo, idearon otro plan. Los mejores tiradores de fusil dispararían simultáneamente sobre las ventanas del piso bajo donde estaba la fuerza. Como el ataque impediría a los defensores asomarse a las ventanas, un minero voluntario iría arrastrándose con unas cuantas bombas para lanzarlas al interior. Así fué desalojado el edificio y muertos cuando huían algunos de los carabineros. También los cadáveres de éstos permanecieron algunos días en medio de la calle. Los transeúntes tropezaban con ellos, pero no les quedaba tiempo para emocionarse.

Por fin, los rojos pudieron apoderarse totalmente de Cimadevilla y allí trasladaron su

cuartel general. En el Ayuntamiento se reunían los comités y desde allí se daban instrucciones sobre el curso de la lucha. Tener un edificio oficial daba ánimos a los sublevados que acentuaban el asedio del Gobierno civil. Al mismo tiempo, varias proclamas anunciaban el triunfo de la revolución en algunas provincias y pedían un esfuerzo más "para la victoria total de la gloriosa revolución proletaria".

Dutor, el socialista, que había sido sargento, dió una mediana organización a los obreros combatientes. Formó patrullas, que recorrían los barrios ya conquistados, colocó guardias rojos en los sitios estratégicos, y hasta preparó una especie de intendencia que se entendía con el comité de Abastecimientos. De todos modos, las deficiencias había que suplirlas con la resistencia de aquellos soldados improvisados que se pasaban las noches sin dormir, a los que nadie se preocupaba de alimentar y que, sin embargo, rara vez se entregaban al saqueo. Si acaso, en las casas de las inmediaciones pedían humildemente alguna provisión.

Los vecinos de la población neutral se refugiaban en los sótanos. Las patrullas de revolucionarios, que recorrían las casas tomando nota de sus habitantes, los encontraban acurrucados en las sombrías estancias. Las mujeres rezaban. Los hombres comprendían por

primera vez que a la vida no se la puede mirar con un encogimiento de hombros; que de pronto aparece con su garra siniestra, para sorprender a los más indiferentes. La zona ocupada por los revolucionarios, donde se libraban los combates más duros, era precisamente la que habitaban los burócratas, las gentes de las profesiones liberales, pensionistas y jubilados, comerciantes y pequeños industriales.

La patrulla llegaba golpeando la puerta con las culatas de los fusiles. Los hombres abrían, temblando

-No se asusten, señores-decía el que parecía jefe-. Solamente queremos los nombres de los que viven aquí.

A la luz de las bujías, las caras de los mozos mineros, desencajadas por la fatiga, se les aparecían a los pacíficos habitantes de Oviedo como rostros monstruosos chamuscados por el fuego infernal. Cuando veían que la patrulla se conformaba con tomar nota y se despedía con un "dispensen por la molestia", el alma se les inundaba de gratitud. A veces los mineros solicitaban algún alimento

-¿"Non" tendrán por ahí algo de comer? Llevamos todo el día sin probar nada.

Los vecinos se apresuraban a darles pan duro y a veces longaniza y conservas:

-Muchas gracias. Es que somos muchos y los víveres andan escasos.

En una casa de la calle de la Magdalena llegó una tarde una patrulla compuesta sólo de cuatro mineros. En el piso bajo se habían refugiado los inquilinos. Entre ellos había una mujer con un niño enfermo. Su marido era militar y combatía, sin duda, en el cuartel de Santa Clara. El niño, que tenía mucha fiebre, pedía agua sin cesar.

-¿Está enfermo el niño?-preguntó uno de los obreros.

-Sí, señor. Lleva así ocho días-contestó la madre llorando-- No sé que hacer con él.

-¿Y no le vé ningún médico?

-El que venía lleva tres días sin aparecer.

Ay, Dios mío, qué va a ser de mí!

-No se apure, señora. Yo traeré uno de nuestros médicos.

Dieron por terminada la requisita y salieron.

Al cuarto de hora, el minero, que era un muchacho casi negro, con un jersey rojo, apareció con un joven médico revolucionario.

-A ver, camarada. Mira bien al "peque"... El no tiene culpa de la revolución.

El médico a la luz vacilante de una vela examinó al niño. El termómetro marcaba 40° de fiebre.

-¿Cuántos días hace que no toma nada esta criatura?

-Ayer se nos terminó la leche. No le he podido dar más que un poco de sopa de pan.

-Hay que darle leche o foscao, tres veces al día. Eso hay que buscarlo en el depósito donde entregan los víveres.

La madre, también desfallecida, con los ojos rojos, no hacía más que llorar. Otras mujeres de la casa la consolaban.

El minero prometió traer él la leche para el enfermito :

-Tranquilícese. No le faltará alimento al niño. Yo mismo me ocuparé de eso.

En efecto, durante dos días estuvo abasteciendo a aquella familia de leche condensada, adquirida con los vales que a él le entregaban en el comité de Abastecimientos. Pero al tercer día, el médico llegó solo El niño iba mejor y estaba ya fuera de peligro:

-¿Y su compañero? --preguntó la madre-. Hoy no ha venido por aquí.

El médico, que ya salía, contestó

-No vendrá más, señora. Le mataron esta madrugada en la Escandalera.

Oviedo en llamas

OVIEDO EN LLAMAS

El incendio de un Banco.-La voladura de la Universidad. -- El inquisidor en pie. -La máscara trágica.-El prisionero. Ante el Comité.

De la Universidad se apoderaron, por sorpresa, los revolucionarios la noche del día siete. Era una posición indispensable para atacar el Banco Asturiano, donde las tropas se habían hecho fuertes con objeto de impedir el acceso al Gobierno civil.

Cuando t'eña se enteró de que se había tomado la Universidad, mandó un recado: "Que tengan cuidado con lo que hacen. Que procuren no estropear nada". En efecto, a la Universidad se la designó para depósito de prisioneros. Pero el combate con los defensores del Banco, exigió utilizar la torreta, desde la cual **disparaban los revolucionarios. Las** fuerzas

hacían fuego contra aquel reducto, que pronto fué desmochado por la metralla. Allí murieron varios obreros, que disparaban a cuerpo limpio sus fusiles. Exasperados por estas bajas, los revolucionarios arrojaron contra el Banco, que estaba a una distancia de ocho o diez metros, latas de gasolina que entraban por las ventanas. Después lanzaron bombas cubiertas de algodón, también empapadas en gasolina. Al explotar las bombas, se inflamó la gasolina y así se produjo el incendio del edificio, que se propagó a toda la manzana. Las escasas tropas que allí peleaban tuvieron que huir rápidamente. Las llamas prendieron en el uniforme de un guardia, que pereció carbonizado, porque sus compañeros hubieron de abandonarle si querían salvarse.

Esto sucedía el día 10. Las llamas levantaban más de tres metros sobre lo que había sido tejado del Banco. Desde San Lázaro la ciudad parecía una inmensa tea. Los incendios eran la única luz en medio de la noche. Tronaba el cañón y sonaban casi sin intermitencias las descargas de los fusiles y las ametralladoras. El tableteo de los disparos, mezclado a las explosiones y los derrumbamientos, producía un baladro tremebundo como si aquello no fuera cosa humana. Un olor denso, donde el de la pólvora y los gases se mezclaba al de las calles, sucias de detritus, de cadáveres sin

enterrar, de sangre coagulada, dominaba la atmósfera.

Aquello era la guerra, quizá más horroroso que la guerra, porque faltaba la organización rígida de los ejércitos y todo denunciaba la improvisación trágica, la sorpresa alucinante, el no saber en ningún instante qué es lo que va a ocurrir.

Al día siguiente voló la Universidad, no se sabe si por la dinamita de los revolucionarios o por las bombas de los aviones. Una versión dice que una bomba aérea cayó en un laboratorio y produjo el incendio. Otra asegura que fué una explosión casual de la dinamita que los revolucionarios habían acumulado allí. Lo cierto es que la vieja casa donde explicara "Clarín" sus clases ("Clarín" y sus antípodas, los profesores del pliegue profesional), cayó entera, convirtiéndose en un confuso montón de piedras y de escombros. Solo quedó en pie, como un símbolo, la estatua del patio, la de su fundador el arzobispo Valdés, gran inquisidor. Al parecer, el fuego era amigo suyo desde los autos de fe y respetó su efigie.

La fábrica de Armas de la Vega estuvo sitiada desde los primeros momentos. Los revolucionarios la atacaban con furia, pero los defensores resistían. El día nueve, el sargen-

to Vázquez, que dirigía los grupos, suspendió el fuego para organizar el asalto. Las fuerzas tampoco disparaban, aunque veían a los rojos concentrarse para un nuevo ataque. Empezó a decirse entre los revolucionarios que allí dentro ya no había más que cadáveres. Dos de los sitiadores, antiguos obreros de la Fábrica, se ofrecieron a penetrar allí para saber el número de los defensores.

Lo hicieron, en efecto. Y además se apoderaron de una ametralladora. Al parecer, los soldados, muertos de cansancio y de fatiga, viendo que los revolucionarios no atacaban se habían echado a dormir en su mayoría. Al día siguiente, muy de mañana, se redobló el esfuerzo, y ya los obreros pudieron llegar a las ventanas del edificio. Al fin, los soldados abandonaron las armas y huyeron por las ventanas posteriores, que dan a la vía del ferrocarril Vasco Asturiano. Algunos, ni siquiera pudieron escapar. Fueron recogidos y conducidos al hospital, heridos y hambrientos.

Desde ese momento los revolucionarios tuvieron grandes elementos de combate. Se distribuyeron armas largas, fusiles, mosquetones y rifles. Pero después empezó a escasear la munición, que se había malgastado con la misma liberalidad con que se malgastaban los medicamentos y los víveres. Los mineros creían que España habría caído ya a aquellas

horas en poder de los obreros y esperaban de sus camaradas los refuerzos que no llegaron nunca.

Entretanto, se combatía en la calle Uría, en el campo de San Francisco, en la plaza de la Catedral. En una explanada del Hospital un grupo revolucionario había emplazado un cañón para bombardear la calle Uría, todavía en poder de las tropas. En el suelo, debajo de unos árboles de abundante ramaje, había más de

doscientas granadas del 10 y medio. Se había hecho un hoyo para empotrar la máquina. Un metalúrgico iba a hacer el oficio de artillero. Después de colocar el cañón, el artillero preguntó

-¿Qué hacemos ahora?'

-Pues disparar-contestó uno del grupo.

-Pero primero hay que saber donde están esos mangantes.

-Están por la calle Uría y el campo.

-¡Ah! Entonces haremos un buen tiro...

-Pues ¡fuego!-dijo el artillero.

Cargó el cañón y disparó a cero. Pero la explosión de la granada no se oía. Volvió a disparar y tampoco se oyó nada.

-¿Cómo no se oye la explosión?-preguntó uno.

-Porque no tenemos espoletas.

Era como lanzar una piedra al espacio para

que, por casualidad, pudiese darle a un enemigo en la cabeza.

Pero los disparos fueron contestados bien pronto desde el campo de San Francisco con fuego de fusilería y ametralladora. Las balas silbaban sobre sus cabezas. Los revolucionarios, en número de unos cincuenta, se arrimaron a una pared para contestar del mismo modo, mientras el cañón seguía disparando sus tiros ciegos.

Entonces los revolucionarios idearon atacar el campo de San Francisco, desde la esquina de la calle del marqués de Santa Cruz. Salieron cada uno por su lado y arrastrándose por entre los árboles, se juntaron en el sitio convenido.

Desde allí comenzaron a disparar, pero las fuerzas les dominaban y les causaron numerosos muertos y heridos. Dos revolucionarios intentaron retirar fuera del blanco de las fuerzas a un compañero herido. Al hacerlo, uno de ellos fué alcanzado en la cara de un balazo. La herida no era grave, pero manaba abundante sangre. No obstante consiguieron sacar al herido. Mientras tanto cayeron heridos dos más. Todos retrocedieron entonces. El de la lesión en la cara, se indignó

-Pero, compañeros ¿vamos a abandonar la posición? ¡Todos aquí, aunque nos maten!

En un arrebato se llevó una mano a la cara

y con su propia sangre se hizo una máscara espantable. Era la imagen viva del horror de la guerra. El seguía gritando

-¡Compañeros, aquí todos!

Pero nadie le hacía caso. Una camioneta cargaba a los heridos para conducirlos al hospital. Cuando la camioneta, parada en la esquina de la calle próxima, trepidaba para arrancar, el hombre de la máscara de sangre se desplomó herido nuevamente por un disparo en el pecho. Unos compañeros le recogieron y le estibaron en la camioneta. Esta vez había muerto.

Las fuerzas del campo de San Francisco capturaron a un minero que temerariamente llegó hasta ellas. Con frecuencia sucedía esto. Entre los revolucionarios se suscitaba una especie de emulación, a ver quien era más valiente. Como en las romerías del monte se efectúan con frecuencia estos torneos primarios, casi siempre en honor de las muchachas, acostumbradas a que se disparen sus pistolas por ellas, los mineros llevaron a la revolución sus pugilatos de audacia. Alguno batió el "record" de la temeridad, pero lo pagó con su vida: aquel que, combatiendo con un grupo de guardias de Asalto, en la carretera, se lanzó en una camioneta, sin frenos, arrojando bombas inutilizó a la mayor parte de la fuerza, pero pereció en la prueba.

El minero que llegó al reducto de las tropas, fué descubierto por un centinela y capturado en seguida. Los guardias le condujeron a presencia de un oficial, que le interrogó. El minero daba muestras de una gran impasibilidad. Contrastaba con la inquietud que se notaba en el pequeño campamento gubernamental.

-¿A qué has venido aquí?-le preguntó el capitán.

-No le voy a mentir-respondió el obrero-. Quería enterarme de cuántos eran ustedes.

-Pero ¿no sabes que te juegas la vida?-repuso el oficial excitado.

-Ya lo sé. Pero también ustedes se la juegan. Ya me vengarán.

El capitán pensó que lo mejor era utilizar el enfado y la serenidad del minero.

-Ya sé que tenéis muchas armas. Todas las de la Vega. ¿Cuántos sois próximamente?

-Ah, no lo sé. Cada día llegan más para combatir.

-Tenéis cañones, ya lo sé.

-Y ametralladoras.

-¿Cuántos cañones tenéis?

-No lo puedo precisar. Yo sé de tres.

-¿Y ametralladoras?-insistió el oficial, al que se notaba preocupado por aquellas noticias.

-Solo en mi sector hay más de diez. Algunas se las hemos cogido a ustedes

-Pero los cañones, no sabéis manejarlos.

-Vaya si sabemos. Han venido de Trubia obreros que son mejores artilleros que los de ustedes.

-Bueno ¿y qué pensáis hacer con Oviedo? Estáis destruzándolo.

-Nosotros lo que queremos es tomarlo. Los del comité dicen que se procure hacer el menor daño posible; pero hay que tomarlo. Y como hay que tomarlo... No le quepa duda que lo tomaremos, cueste lo que cueste.

-Pero nosotros no os dejaremos.

El revolucionario se encogió de hombros.

-Además, vendrán refuerzos de otras provincias.

El oficial se echó a reír con una risa que quería ser sarcástica

-En otras provincias... Pero si ha fracasado todo... Si no quedáis más que vosotros. Vosotros, tenéis radio. ¿No habéis oído que está todo terminado? En Madrid no hubo más que tiros sueltos.

Eso dicen por la radio. Pero para despistar.

-Está bien Te voy a fusilar inmediatamente.

El minero se le quedó mirando:

-Usted puede hacerlo, porque estoy en su

poder, pero no crea que por eso habrá acabado con la revolución.

-Os están engañando. ¿Tú qué te crees que es la revolución?

-Pues la revolución... Es una cosa que no acabará, aunque acaben con todos nosotros.

El capitán pateó coléricamente.

-¿No comprendéis que esto es una barbaridad? No tomaréis Oviedo ¡No lo tomaréis! ¿Lo oyes?

Un grupo de oficiales y guardias, oía unos metros más allá el extraño diálogo. La situación debía ser difícil para los defensores. El capitán llamó a dos tenientes y los tres discutieron con viveza durante unos minutos.

El capitán volvió junto al preso y le dijo

-Mira: te voy a dejar en libertad, porque eres valiente. Pero con la condición de que laves un recado al Comité. Le dices que nuestras noticias son que la revolución ha fracasado en toda España; que lo mejor es que os retiréis sin causar más daño y que nosotros prometemos no ejercer represalias. Esto lo hago bajo mi responsabilidad. Pero es que tengo la convicción de que vuestro comité no sabe lo que sucede en el resto de España. De lo contrario nuestros aviones os aplastarán. Y ahora, puedes marcharte.

El minero, al que habían quitado el fusil, abandonó el recinto y se dirigió, sorteando pe-

ligros, al Ayuntamiento, donde estaba reunido el Comité, el primero que funcionó con la consigna socialista del "U. H. P.". Por cierto que en aquel momento los miembros del comité sostenían una violentísima discusión con un líder sindicalista de Gijón, José María Martínez, muerto días después un poco misteriosamente.

Martínez era un hombre alto, de cara roja y ojos inteligentes. El, luchando con la corriente anarquista de la organización obrera gijonesa, había logrado hacer la Alianza Obrera con socialistas y comunistas. Pedía armas al comité para combatir contra la marinería y la fuerza pública que los había derrotado el día anterior, después del bombardeo del barrio de pescadores. Pero el Comité alegaba que no podía desprenderse de armas ni de municiones, mientras Oviedo no quedase en poder de los revolucionarios. Todo se precisaba para presionar a los defensores de la ciudad, que seguían resistiendo, a pesar del esfuerzo de los sitiadores. José María Martínez insistía

-Si no me dáis armas, Gijón dará paso a las tropas 'y acabarán con vosotros.

-Tomado Oviedo-respondía el comité-no hay quien entre en Asturias. Es ya tener una provincia en nuestro poder.

-Una provincia con la puerta abierta. Si

no se tienen los puertos, no se tiene nada.

En el fondo, lo que se discutía ya entonces era el predominio de los núcleos obreristas en la revolución. Los socialistas consideraban suicida entregarles elementos de lucha a los anarquistas, que en Gijón, carecían de todo control.

Martínez se despidió, amenazador:

-Voy a La Felguera y allí encontraré hombres. Si la revolución se pierde, será por vosotros. Pero ya pediremos cuentas.

Cuando el minero enviado por el capitán de San Francisco llegó a presencia del comité, apenas le hicieron caso

-Bah, bah-dijo uno de los jefes-. Esas son "babayaes" (tonterías). Lo que quieren es desorientarnos. No les hagáis caso. La revolución está triunfando.

Algunos ocultaron un gesto escéptico, que no le pasó desapercibido al minero. Luego le preguntaron a éste detalles acerca de lo que había visto durante su efímera detención. El muchacho dió todas las referencias que le pedían sin ocultar su conversación con el oficial y la preocupación de éste ante el armamento de los obreros.

Al día siguiente fué tomado el campo de San Francisco. Grandes núcleos de revolucionarios, con ametralladoras, se lanzaron sobre

los defensores. Al mismo tiempo un camión blindado, preparado en la Fábrica de Trubia, corría por la calle Uría, vomitando metralla por las aspilleras. Las balas latigueaban entre las ramas, casi desnudas, de los árboles. Los bichos del pequeño parque zoológico, los patos, las palomas, saltaban de aquí para allá, aterrorizados y enloquecidos. Los senderos por donde había paseado "Clarín", a caza del paso de "La Regenta", estaban cuajados de cascotes y de cápsulas vacías.

El capitán de Asalto, con algunos guardias, cayó prisionero y fué encerrado en el Teatro Principado. Por cierto, que en el trayecto fué reconocido por el minero que el día anterior había estado en su poder. Ambos se miraron sin decirse nada. En realidad, fué en aquel momento cuando el oficial recibió una contestación a su mensaje. Pero el minero, que era un simple soldado de la revolución, supo agradecer el comportamiento del capitán. Lo hizo de un modo sencillo: contándoselo a los guardias rojos del Teatro, que trataron al prisionero con toda la ruda gratitud de que eran capaces.

Conquistado el campo de San Francisco, toda una zona de la capital era del dominio proletario. Desde un edificio llamado la Casa Blanca, se paqueaba constantemente a los re-

volucionarios. Estos enfilaron la azotea con un cañón y la deshicieron en unos minutos.

El día doce, un comandante de Asalto pretendió reconquistar el Parque. Con menos de un centenar de guardias salió del cuartel de Santa Clara, desplegó a la fuerza rápidamente por la plaza de la Escandalera y salió con dirección al Campo, para atravesar la calle Uría

-i Adelante, muchachos!

Pero fué inútil. A los pocos momentos caía herido de un balazo en un pie. Algunos guardias perecieron allí. Las fuerzas tuvieron que regresar al cuartel, con sus muertos y heridos, en medio de un mortífero fuego.

El grueso de las fuerzas gubernamentales combatía desde el cuartel de Pelayo. Hubo jefes heroicos que lucharon desde el primer instante con extraordinaria presencia de ánimo. Pero hubo alguno que cuando se discutía la antigüedad de los presentes para tomar la responsabilidad de la defensa, se tumbó en una butaca y declaró

-No se muere más que una vez. Yo no salgo.

Desde fuera, durante tres días, se asedió el cuartel que dialogaba, por medio de grandes letreros colocados en el tejado, con los aviones. Los obreros le atacaban incluso con dinamita. Salían a cada momento voluntarios, que

arrojaban las bombas o morían bajo el fuego del interior. El día doce, el cuartel, presionado por Dutor, estaba en situación desesperada. Algún aviador que, a pesar del fuego de los sitiadores, llegó allí para dejar víveres, pudo leer en la sábana del tejado este parte angustioso: "Solo tenemos municiones hasta mañana".

Alguien propuso lanzar un camión cargado con dinamita contra el cuartel, a modo de catapultada. Había voluntarios que se comprometían a realizar el plan, aun sabiendo que aquello significaba la muerte. Peña se opuso a aquel recurso extremo, porque además comprendía que ya era tarde. La revolución había fracasado en España.

Donde se combatía con verdadera furia era en la plaza de la Catedral. Peña, a los artilleros del Naranco, les había rogado desde el primer día

-No tiréis contra la Catedral. Eso sería de mal efecto para la revolución.

Pero la Catedral se convirtió en posición estratégica de los revolucionarios, para defender el Gobierno civil. Algún obrero le dijo a Peña:

-Tú no quedas tirar contra la Catedral. Pero la Catedral tira contra nosotros.

Hubo que atacarla con fuego de fusilería. Después se utilizó la dinamita. Allí combatía

un teniente del Ejército, con soldados y fuerza de la Guardia civil. Habían instalado en las torrecillas de la Catedral varias ametralladoras, y así impedían el paso de los revolucionarios que caían sin poder atravesar la explanada. ¿Quién era capaz de pensar entonces que se atacaba a un templo del siglo XIII, maravilla del gótico, con sus piedras curtidas por siete siglos de intemperie? Los mineros no sabían arqueología, ni historia, y los eruditos estaban a aquellas horas aterrados en sus sótanos oscuros, mientras tronaba el cañón y tableteaba la ametralladora de la torre. Esa torre, que llevaba siglos presenciando el paso pacífico de las nubes, de los vencejos y de los canónigos; sus piedras son los únicos testigos de los comienzos de la nacionalidad, pues ellas antes de ser ordenadas por los arquitectos, sintieron el paso del Cid, cuando llegó para casarse con Doña Jimena, la hija del conde de Oviedo.

Los revolucionarios solo veían allí una posición enemiga. Sobre las losas de la plaza, que sienten de ordinario el paso ténue de las mujeres ovetenses, se esparcían los cadáveres. La sangre corría hacia las puertas santas en cuyos herrajes rebotaban las balas isócronamente. Fué una bomba lanzada contra los defensores de la Catedral la que hizo saltar la pequeña nave de la Cámara Santa, que en

el siglo IX había mandado construir Alfonso el Casto para guardar las reliquias cristianas de Palestina y ponerlas a cubierto de los musulmanes. Pero a buen seguro que estas otras piedras ilustres de la Cámara Santa no se intimidaron demasiado con el estruendo de la dinamita. La verdad es que algunas, las más viejas, son contemporáneas de Don Ramiro, aquel rey cristiano que para mantenerse en el trono mandaba sacar los ojos a sus adversarios y luego los condenaba a muerte en la hoguera, con todos sus hijos y parientes. La guerra civil y la represión tienen, pues, en Asturias, notorios antecedentes

El médico rural

EL MEDICO RURAL

Las necesidades sanitarias: Los maleantes de la calle Fruela.-Un avión tras un auto.-"Esa no es la consigna".

En los hospitales escaseaba el material sanitario y con frecuencia llegaban emisarios de Langreo y de Mieres para que se enviasen elementos de cura. El comité designó a un médico joven, para que inspeccionase los servicios. Este médico, tan pronto tuvo noticia de la revolución había bajado del concejo rural, de donde era titular, para tornar parte en ella. Era un muchacho rubio, de aire optimista, que alternaba el manejo del fusil con las curas de urgencia. Había tomado parte en el

asalto a la Fábrica de Armas y se le veía siempre en los sitios de mayor peligro. Pertenecía a la Juventud socialista y en las remotas aldeas de la montaña, en compañía de un maestro comunista, hacia antes de octubre propa-

Banda marxista. Campesinos que apenas sabían leer y que hasta entonces ignoraban la existencia de Rusia, conocían a Lenin y a Stalin y estaban enterados "por lo que dijo el médico" de las reformas soviéticas:

Este médico, Ramón Tol, fué uno de los intelectuales que se batieron en la revolución. Su marxismo era quizá puramente sentimental; pero soñaba con un mundo nuevo y una justicia superior. Cuando encontraba a los aldeanos, trabajando la tierra o cuidando el ganado, les gritaba:

-¿Sabéis que se va acabar la renta? Las tierras van a ser vuestras.

Los aldeanos hacían un gesto escéptico, pero en el fondo pensaban que algo raro estaba ocurriendo cuando el médico, un señorito, hablaba de aquel modo. Estos aldeanos le amaban como nadie. Porque el médico, no sólo les acompañaba al Ayuntamiento y al Juzgado de la villa, para arreglarles sus asuntos y reñir, por ellos, con los curiales, sino que no les cobraba las visitas, si bien desaparecía semanas enteras en que se marchaba a la capital. Estos campesinos, después de la revolución, escondieron a Ramón Tol y por el monte, a caballo, le condujeron hasta Galicia, por donde se internó en Portugal..

Pues bien, Ramón Tol fué comisionado por el comité para que inspeccionase los servicios

sanitarios. En [uno de](#) los automóviles requeridos, que conducía un camarada, salió para Langreo, mientras en Oviedo quedaban combatiendo. Tol tenía ya la impresión de que el movimiento estaba en declive, pero animaba a todo el mundo y ponía su propio ejemplo. Llevaba cuatro días sin dormir, el cabello revuelto, la gabardina manchada de sangre y los zapatos sucios de tanto chapotear en el lodo sanguinolento. Aquella mañana empezaban a desertar algunos mineros. El coche cruzó la plaza del Fontán, desierta, con sus tenderetes derrumbados y sus soportales gélidos. Con el fusil colgado, dos "randas" se dedicaban a sacar cajas de zapatos de una tienda de calzado, al parecer, abandonada.

El médico sacó la cabeza por la ventanilla y les dijo:

-Cómo se lucha, ¿eh?

Los dos ladronzuelos miraron al médico, pero no se dignaron responderle ni interrumpieron por eso su faena.

El chófer los disculpó a medias:

-También los guardias saquean. Si no fuera por lo que se coge por ahí, no había quien luchase.

Tol, repuso

-Pero los marxistas no hacemos eso.

Muchos mineros retornaban a sus casas. Llovía torrencialmente y la carretera era un

lodazal. Los obreros paraban el coche para que les trasportase. El médico recogió a los dos primeros, que iban maltrechos y desfallecidos. Llevaban ocho días sin descansar. Eran de Sotrondio, y a no ser por aquel automóvil providencial hubieran tenido que recorrer un largo trayecto en el que invertirían varias horas de camino. Sin embargo, pensaban volver al frente. Iban a sus casas a reponer fuerzas y regresarían para continuar luchando. Tol les animó y cuando llegó a Sama pidió una ayuda para ellos. Pero no fué posible atenderles. Todos pedían, y los elementos de resistencia se habían agotado.

Ramón Tol buscó al comité y marchó al Hospital de la Duro Felguera. En el quirófano un grupo de médicos y practicantes amputaban una pierna a un guardia herido. Los guantes de goma del operador chorreaban sangre.

Allí vió el médico que faltaba material sanitario. Se había desperdiciado el yodo y la gasa; faltaban camas y alimentos especiales. Los revolucionarios no habían contado con aquel número de heridos de una y otra parte. Tol hizo una lista de las necesidades de aquel hospital y prometió enviarlo, no muy seguro de que en Oviedo encontrase lo suficiente.

En Mieres ocurría lo propio. Pero allí la indigencia del hospital de sangre ponía terror

en el ánimo más templado. Tol comprendió que sería imposible atender a las demandas de aquellos comités, y comprobó, una vez más, que no se habían previsto una serie de necesidades primordiales de la lucha.

Tuvieron que volver a Sama para conducir a un herido grave al que no había modo de operar en Mieres. Pero cuando Tol quiso regresar con su coche a Oviedo le dijeron que lo hiciera por "el Berrón". Las demás carreteras no ofrecían seguridad. Esta la habían cortado los revolucionarios, tumbando frondosos árboles a lo largo del camino y deshaciendo con dinamita algunos muros de contención. Los árboles habían sido descuajados con un paquete de dinamita atado al tronco. No era cosa de gastar tiempo. Como los hombres andaban escasos, concentrados en el frente de combate, se había decidido colocar árboles en vez de centinelas

Apenas llegados a la parte cortada de la carretera, el automóvil de Tol fué detenido

-¡Alto!-dijo una voz imperiosa.

-i U. H. P !

Los guardias rojos revisaron el volante de circulación y empezaron a poner tablones para atravesar la gran zanja de varios metros de profundidad. El chófer se resistía a pasar por aquel puente improvisado; pero el médico lo hostigó

-¿No tienes miedo a las balas y vas a tener miedo a pasar por donde pasan los demás?

Por fin, el automóvil se puso en franquía y emprendió velozmente la marcha hacia Oviedo. Pero he aquí que de repente apareció volando, relativamente bajo, un avión militar que, al divisar el automóvil, lanzó una bomba con el propósito de destruirlo. La metralla no logró alcanzar el coche. Pero inmediatamente el avión se disponía a disparar de nuevo. El chófer entonces lanzó el coche a un castaño y los viajeros saltaron de él para refugiarse al pie de un grueso castaño. Los cascos de la segunda bomba se clavaron en el castaño inmediato.

Ramón Tol lamentaba no haber traído el fusil para disparar contra el aeroplano. Hizo fuego, sin embargo, con su pistola, aun sabiendo que era totalmente ineficaz.

-Por lo menos-pensó para sí-cumplo mi deber de agredir al enemigo, aunque sea infructuosamente.

Al entrar por la calle Uría dos centinelas, armados, detuvieron el coche. Tol dió la consigna

-¡ U. H. P !

Uno de los muchachos se echó a reír:

-No es esa la consigna, camarada. Eso era esta mañana.

-Es la que me dió el comité. No sé de otra.

-Pues ese comité se marchó y andan buscándolo. No tenemos más remedio que detenerte.

-¡Pero si yo soy socialista! Vengo de inspeccionar los hospitales, por orden del comité.

-Mira; vamos a llevarte al chalet de Herrero. Allí te entenderás con los dirigentes.

Uno de los centinelas montó en el coche y ordenó al chófer que siguiese a la plazuela de San Miguel. Allí, en la casa del banquero Herrero, estaba reunido el nuevo comité, compuesto por comunistas.

-Bien-dijo el presidente-, este camarada es conocido.

Y luego, dirigiéndose a Tol, le dijo

-Supongo que te pondrás a las órdenes del nuevo comité.

-Yo-dijo el médico-siempre estoy a las órdenes de la revolución.

-Pues coge un fusil.

-Perfectamente. Pero el otro comité me había encargado la inspección de los hospitales.

-Bueno. Ese comité ya no pinta nada.

tzÓ

JOSÉ CANEL

-Es que en Sama y en Mieres se carece de lo más necesario.

-No se puede hacer nada, camarada. Ahora se trata de conquistar Oviedo y proclamar la República de Obreros y Campesinos en Asturias.

Prisioneros y fugitivos

PRISIONEROS Y FUGITIVOS

Un momento grave.-El director del Banco.-
Los tratados internacionales.-El pánico
en la prisión.-La última hora de un preso.

Los prisioneros habían sido reclusos en diferentes sitios. Los depósitos principales estaban en el Teatro del Principado, la Universidad y el Instituto. No hubo órdenes de detención contra nadie. Los detenidos lo fueron espontáneamente por los obreros, o capturados en medio de la lucha. Los revolucionarios los llevaban al Ayuntamiento y allí el comité autorizaba su detención. Había sacerdotes, magistrados, el director de un Banco, unos militares de la Fabrica de la Vega. Teodomiro Menéndez, que el primer día había estado en el Ayuntamiento, se interesó por los presos. El comité le prometió respetarlos. Alguno, es verdad, fué fusilado por las turbas, donde la venganza personal

aleteaba oscuramente explotando el impulso ciego de los combatientes

El director del Banco fué detenido en un momento grave. Un avión, surgiendo de repente sobre la plaza del Ayuntamiento, cuajada de revolucionarios, arrojó dos bombas de gran potencia y huyó después sin dar lugar a la respuesta de los tiradores. El pánico y la confusión que aquello produjo son indescribibles. Algunos de los presentes saltaron hechos pedazos. Miembros descuajados, cráneos rotos, pellas de carne sanguinolenta contra las columnas de los soportales. Muchos hombres huían horrorizados y otros, pálidos, se apelo-tonaban en el portal de las Consistoriales, temerosos de que surgiesen nuevas explosiones.

Pasados algunos minutos, los revolucionarios se rehicieron y, comentando el suceso, volvieron a reunirse en grupos bajo los soportales. Aquel hecho fué tan espantoso que un vocal del comité tuvo que bajar a dirigir la palabra a los compañeros. Había que redoblar el esfuerzo para apoderarse de Oviedo. En unas proclamas, que después se publicaron, se anunciaba el auxilio inminente de los revolucionarios del resto de España para evitar la acción de los aeroplanos.

-¡Si nosotros tuviéramos aviones!-se oía decir a los rojos con insistencia.

Aquella mañana, después del bombardeo,

fué detenido el director de un Banco. Cuando le llevaban al Ayuntamiento, un jefe de escuadra le increpó

-¡Son unos bandidos! ¡No cumplen los Tratados internacionales!

El detenido no comprendía bien la relación que establecía aquel revolucionario entre la política internacional y lo que estaba ocurriendo en Oviedo. Pero después dedujo que, al parecer, las bombas arreas caían también sobre los hospitalizados y sobre la población pacífica.

A pesar de que la irritación de los rojos era evidente, el comité se condujo sin violencia ni nervosismo con el prisionero. Mandó que lo recluyesen en el Instituto y que le tratasen con consideración.

En una de las clases estaban los prisioneros. No tenían camas, ni mantas, porque los colchones había que utilizarlos como parapeto, para combatir. En la; puertas vigilaban dos guardias rojos. Dos veces al día se les traían conservas y un poco de pan. La verdad es que los últimos días faltó la alimentación y solo comieron los presos algunas galletas. Pero no comían mucho mis los combatientes.

Una tarde el director del Banco fué llamado enérgicamente

-¡Ciudadano, a declarar!

Los demás prisioneros creyeron que empe-

zaban los fusilamientos. Con los ojos enrojecidos por el llanto, despedían a la presunta víctima. Uno de los sacerdotes presos, le bendijo. Cuando salió el banquero, todos quedaron silenciosos, rezando "in mente".

El banquero, lívido, salió detrás del hombre que le reclamaba, el cual le condujo a otra estancia donde estaba el jefe de la prisión, un socialista ovetense, que el banquero conocía de vista. Sobre la mesa había, una gran jarra de leche y una caja de galletas.

-Siéntese, Don Nicanor. Vamos a tomar algo.

Don Nicanor pensó para sus adentros que, condenado a muerte, se le darían las últimas viandas. No fué una broma su contestación:

-Le advierto que estoy desganado...

-¿A pesar de llevar dos días sin comida?
¡ Siéntese, hom, siéntese! Si nosotros non somos tan malos como dicen.

El banquero se sentó, un poco más dueño de sí. Realmente, no creía que los rojos llegasen al refinamiento de convidar a los presuntos fusilados.

-Pues esta mañana-siguió diciendo el improvisado alcaide-trajéronme estas galletas unos rapaces de Sama, y yo dije: "Pues voy a convidar a Don Nicanor, que el probin debe estar pasándolas negras".

-Entonces ¿no me llamaba para declarar?

-No, home, no. Esa ye la fórmula.

Al banquero le había entrado de repente un apetito atroz. Se lanzó sobre las galletas y alternándolas con grandes tragos de leche no daba paz a la boca.

El carcelero le miraba complacido y consideró necesario exhortarle a aceptar el nuevo estado de cosas:

-Nosotros necesitamos intelectuales, Don Nicanor. Usted tiene que venir con nosotros.

-Pero si yo no sé más que cosas de Banca, y ustedes van a abolir el dinero.

-Bueno; eso ya lo veremos.

-Además, yo creo que ustedes fracasan. Es muy difícil organizar de nuevo una sociedad.

-No lo crea, Don Nicanor. Mire usted lo que pasa en Rusia.

El banquero no consideró prudente continuar en aquellas circunstancias una discusión que podría ser demasiado peligrosa. Calmada su hambre, recordó la de los compañeros de prisión

-¡Caramba! Me gustaría llevarles **algo** a los demás presos.

-Non se apure, que ahora mandaré lo que queda para que se lo repartan.

-Tome ahora un cigarro, Don Nicanor-dijo alargándole un espléndido cigarro habano-. Eso tenía reservado para usted.

Cuando el banquero retornó al lado de sus

compañeros, le recibieron llenos de ansiedad. El iba lanzando bocanadas de humo, casi feliz.

-Pero ¿qué ha pasado, Don Nicanor?-le interrogó el sacerdote-. ¿Ya no nos fusilan?

-No, hombre, no. A mí me han convidado suculentamente. Y me han dado un puro

Entré los presos la alegría era extraordinaria. Pasaban de la antesala de la desesperación a la del paraíso.

-¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!-gemía el sacerdote-. Dios no nos abandona.

El banquero describió la entrevista, y añadió un poco presuntuosamente

-Además, me han pedido mi colaboración para el nuevo régimen. Va a ser cosa de pensarlo. Porque, a última hora, uno es un técnico.

Cuando los presos supieron que se les preparaba algún alimento, paseaban impacientes de un lado a otro. La tranquilidad les había despertado el apetito. En medio de todo-pensaban-estos comunistas son unos buenos chicos.

Por fin, llegó la caja de galletas, la leche y una botella de vino blanco. A los pocos minutos las viandas se habían agotado, distribuidas equitativamente por Don Nicanor, entre los prisioneros.

Las escenas más patéticas ocurrieron entre

los fugitivos: los que tenían que huir de sus casas, incendiadas y deshechas por la dinamita. Familias enteras cargadas con pequeñas maletas, donde habían colocado lo más indispensable, emprendían el éxodo por la ciudad, en busca de refugio. Como era arriesgadísimo atravesar las calles, estos hogares transeuntes cruzaban patios y solares con su impedimenta de niños y enseres. A veces, era preciso horadar la pared de una casa para pasar a otra y así sucesivamente. Hubo familia que atravesó siete medianerías, empujada por el incendio y el tiroteo. Con hachas, cuchillos, martillos y ganchos de cocina, los inquilinos abrían las brechas salvadoras. A veces, abrían el camino de la sepultura, pues hubo quien al huír cayó víctima de la lucha entablada en la calle

No era raro encontrar en aquellas mañanas lívidas, en los portales de algunas casas alejadas de los lugares de la contienda, una familia de funcionario, de artesano, de empleado, que tiritaba allí de hambre y de frío, sin saber qué hacer, después de haber pasado en aquel sitio una terrible noche cargada de explosiones e iluminada por las hogueras cercanas.

Una de estas familias tuvo que evacuar la

casa con una anciana enferma. La llevaban en una butaca, bajo la lluvia, sin saber adonde

dirigirse. Unos guardias rojos que tropezaron con la extraña expedición los condujeron a todos al Hospital. Pero la impresión que recibió la anciana al entrar en la gran sala, llena de heridos, fué de tal naturaleza que falleció antes de ser colocada en una cama. Cuando el médico de guardia acudió para atenderla, dijo:

-Aquí no traen ustedes más que un cadáver.

Otras veces, los revolucionarios se encontraban en los quicios de las puertas con unos hombres aterrados, perdidos, a quienes interrogaban con premura

-¿Usted qué hace aquí?

-Es que se me ha quemado la casa y no sé adonde ir.

-Pero, ¿usted con quién está? ¿Con el Gobierno o con la Revolución?

-Pues yo... Mire usted... Yo estoy con ustedes.

--Pues ¡hale!, a coger un fusil.

Le empujaban hacia la línea de fuego, y si el hombre no lograba huír antes de llegar al cuartel general, tenía que tomar un arma y pelear por el marxismo.

El magistrado Suárez se había escondido en una casa próxima a la suya, en compañía de su esposa. A media mañana, cuando rezaban todos el rosario, llegó un pelotón de

revolucionarios, con gran estrépito de culatas y gritos.

-¡A ver! ¿Quién vive en esta casa?

Todos los vecinos fueron diciendo sus nombres. Cuando le tocó el turno al magistrado, un revolucionario le señaló

-Este es fascista.

El magistrado, temblando, dijo

-No; no, señor. No soy fascista.

-Estuvo en lo de agosto-gritó otro.

De pronto, uno de los revolucionarios disparó su pistola contra él:

-Toma, para que no mientas.

La esposa del magistrado, enloquecida, se arrojó a abrazar a su marido que se derrumbaba. Le alcanzó en un brazo el segundo disparo del agresor, que salió después guardándose tranquilamente el arma. En la estancia solo se oían las palabras y los ayes de dolor de la pobre mujer que se desangraba. Los demás vecinos, aterrorizados, se acurrucaban en un rincón. Solo cuando salió el pelotón revolucionario llevándose a la herida hacia el hospital, se atrevieron a acercarse al cadáver.

En los pueblos

a

EN LOS PUEBLOS

Los pescadores de Cimadevilla. La muerte del líder.-El alcalde y el cura.

Que el movimiento fué solamente una sublevación de mineros, apenas controlada por las organizaciones obreras, se advierte por la débil repercusión que tuvo en otros pueblos de Asturias, incluso Gijón y Avilés. En Gijón, alentados por José María Martínez, antiguo anarquista, se sublevaron los pescadores de Cimadevilla y los obreros de El Llano. Cimadevilla es un barrio del antiguo Gijón, apretado en un promontorio sobre la dársena. Aquellas gentes forman un núcleo social aparte, odian a los señoritos y cuando pasan por la calle Corrida, los hombres con sus trajes de mahón y sus botas de aguas, y las mujeres con sus cestas de pescado y su charla pintoresca e insolente, los paseantes se apartan te-

merosos. Hay siempre en Cimadevilla un fermento revolucionario.

Pero en octubre apenas tenían armas. Pelearon en la plaza del Ayuntamiento infructuosamente. Cuando apareció frente al barrio el crucero "Libertad" y arrojó las primeras granadas, los pescadores huían hacia el interior, hacia los barrios obreros, con sus mujeres y sus hijos.

El mayor contingente de obrerismo industrial lo dan El Llano y La Calzada. Aquellos proletarios han sostenido huelgas heroicas y no se han detenido cuando fué preciso en el camino de la violencia. El sindicalismo español ha librado en Gijón batallas reñidísimas, si bien el motín ha predominado siempre sobre la lucha organizada. Esta vez, a pesar de los esfuerzos de José María Martínez, el sindicalismo gijonés quedó fuera de la Alianza Obrera. Aquellos anarquistas no olvidaban las discrepancias que les habían separado siempre del socialismo, recrudescidas en plena República. Por eso el octubre gijonés fué un débil estallido popular, del cual estaba ausente el sector más violento del proletariado, que vive la utopía del comunismo libertario, pero es incapaz de encuadrarse en una disciplina revolucionaria. Hubo un momento en que la rebeldía ingénita de las masas y la atracción que sobre ellas ejercen las batallas

de clase, estuvo a punto de prender en los huelguistas. Pero la verdad es que carecían de armamento suficiente y que, además, ya la marinería del buque de guerra había desembarcado, sin que se confirmasen los rumores de sedición.

Las fuerzas dominaron fácilmente Cimadevilla y batieron sin grandes pérdidas los pequeños grupos revolucionarios que combatían en el Llano. Algunos obreros quedaron muertos en encuentros aislados. Martínez, el líder, que había tenido violentas disputas con los comités, apareció días después muerto en la carretera, con un fusil al lado.

En Avilés los obreros coparon los puestos de la Guardia civil, tomaron el Ayuntamiento y combatieron en contacto con los revolucionarios de Trubia. A Trubia fué conducido Pedregal, político melquiadista, que fué encerrado en una fonda, sin que sufriese otro ataque que el de una ligera flebitis. Los mismos grupos de Avilés volaron un buque, con dinamita, en San Juan de Nieva, para obstruir el paso del puerto a posibles fuerzas llegadas por vía marítima.

En general, en los pueblos rurales apenas repercutió la revolución. En Llanera la lucha fué dura. Pero en Grado y Salas, donde los socialistas locales se apoderaron del mando y practicaron algunas requisas, la cosa no pasó

de un simulacro de revolución. A los comités locales les parecía indispensable detener al cura y al cacique, penetrar en la sala del Ayuntamiento y ordenar el cierre de comercios, después de apoderarse de algún aparato de radio para estar al tanto de lo que pasaba, y de algún automóvil que llevase al comité a Oviedo.

Las escenas eran casi las mismas en todos estos pueblos. Como los guardias se habían concentrado en la capital, no quedaba más fuerza pública que los guardias municipales. El grupo de revoltosos llamaba en casa del alcalde

-¿Está Don Arturo?

Salía la señora, temblando

-Pues... no está. Ha salido muy temprano.

Entonces uno de los agitadores, el de más carácter, insistía

-Bueno, bueno. Dígale que salga, que aquí no nos comemos a nadie...

El alcalde, que, además, con frecuencia era de la izquierda, aparecía más amable que de ordinario

-Pero ¿qué pasa? A mi mujer le ha entrado miedo y no quería que saliese.

-Pues... mire usted, D. Arturo... Usted ya sabrá que estamos en revolución.

-Sí. He oído decir que en Oviedo... Oficialmente yo no sé nada ¿eh?

-Pues aquí... Ya ve usted... No tenemos más remedio. Cumplimos órdenes del comité. Tiene usted que entregarnos la alcaldía...

-Hombre... Eso de entregar... Podéis fracasar y entonces ¿qué pasa? Un alcalde tiene que mirar lo que hace.

-Pues nosotros necesitamos el Ayuntamiento.

-Bueno; eso es otra cosa. Vosotros váis allí y yo no aparezco... Así no se compromete a nadie.

Se dirigían en tropel al Ayuntamiento y allí se instalaban durante algunos momentos. Pero como había que hacer algo revolucionario, un grupo marchaba a casa del cura, que acababa de llegar de decir misa y conversar con las mujerucas madrugadoras. A los revoltosos y.; los conocía el párroco. Eran los díscolos del pueblo, los ateos, los "socialistas". El sacerdote, con su bonete deslustrado, les recibía un poco alterado:

-Pero ¿qué pasa, muchachos?

-Pues que ha estallado la revolución, Don Federo.

-Bueno, bueno. ¿Y que queréis de mí?

-Pues sabrá usted que nos hemos apoderado del Ayuntamiento y somos los dueños del pueblo. Queremos que usted cierre la iglesia.

-¿Y por qué? Por eso no se perjudica la revolución...

El marxista del pueblo intervenía

-Sabrá usted que es una revolución como la de Rusia."La religión es el opio del pue-

-¡Válgame Dios, y cómo os estropean el juicio los diarios! La religión es necesaria.

-Pa ustedes-intervenía insolentemente uno del grupo.

-Bien, bien. No quiero discutir.

-Usted tiene que venir con nosotros al Ayuntamiento.

-¿Es que voy preso?

-Hombre, tanto como preso, Don Federo... Allí estará el comité.

El cura era conducido al Ayuntamiento y allí pasaba el día, hasta que por la noche le autorizaban a regresar a la Rectoral. Mientras tanto, los grupos se armaban de escopetas y pistolas y recorrían las calles desiertas.

En la plaza se había reunido el pueblo que comentaba las noticias de la capital, y sobre todo, los acontecimientos locales rodeados allí de una importancia mucho mayor que las batallas que a aquellas horas se libraban en Oviedo y Campomanes.

El tercer día del movimiento, cuando llegó la noticia de que había sido tomada la Fábrica de la Vega, la gran victoria revolucionaria,

en algunos pueblos quisieron asaltar las tiendas y las casas de los propietarios. Los comités se vieron muy comprometidos para calmar a los grupos, y hasta se dispusieron algunas requisas de géneros en los comercios previas unas notas firmadas por el comité local para garantía de los comerciantes. Unas cuantas prendas y algunos víveres bastaron para pacificar a los más exaltados.

Cuando se supo que las fuerzas habían entrado en Oviedo y que podía darse por derrotada la revolución, el pánico entre los revoltosos de algunos pueblos fué extraordinario. Se arrojaron todas las armas al río y los más comprometidos huyeron. Al mismo tiempo, aparecían otra vez en las calles las llamadas gentes de orden, que durante los sucesos habían permanecido en sus casas temerosas de las represalias populares. Los respetables señores del Casino, ocultos y temblorosos durante una semana, volvían a sus butacas, insultando a los vecinos y tejiendo la tela de las delaciones y las venganzas.

La fuga de los Comités

LA FUGA DE LOS COMITES

Peña se retira.-La radio clandestina.-El Comité comunista.-En el chalet del marqués. - Teodomiro Menéndez, ante los rojos.

La deserción del primer comité que funcionaba en Oviedo se efectuó el día doce. Peña conocía la derrota de la revolución en el resto de España y consideraba prudente la retirada de la fuerza que luchaba en condiciones de desventaja a causa del bombardeo aéreo.

Estos argumentos pesaban en el ánimo de los dirigentes, casi todos amigos de Peña. Pero no se atrevían a plantear la cuestión en el seno del Comité donde existían grandes discrepancias con los comunistas. El primer conflicto interno se produjo cuando los comunistas de Turón, por indicación de un miembro del comité de Mieres, anunció por medio de

una emisora de radio clandestina, que funcionaba en aquel pueblo, la proclamación de la República Obrera y Campesina de Asturias. En aquel acto, los socialistas vieron el propósito de los comunistas de apoderarse del movimiento.

Nadie se atrevía en realidad a detener el ímpetu de aquella masa armada, a la que se había hecho creer que la revolución constituía el fin de sus dolores y sus miserias. Verdad es que ya empezaba a decaer el entusiasmo de algunos combatientes, sorprendidos de la resistencia de la fuerza pública; sobre todo, les amilanaba la acción de los aeroplanos, contra la cual no tenían medios de combate, ni siquiera de resistencia, los revolucionarios.

En la última conversación que tuvo Peña con sus amigos de Mieres, declaró terminantemente que él abandonaba la lucha. Lo hizo así. Preparó con otros amigos un automóvil y huyó de Oviedo. Aquel mismo día entraba la columna de López Ochoa en la capital. Los miembros socialistas del comité, ante esta decisión del que consideraban el hombre más representativo del movimiento, se fugaron también. Quedó sólo un comunista, que decidió inmediatamente convocar a una reunión a todos los jefes de grupo Estos, comunistas en

su mayoría, llenos de ira por la huída de los dirigentes, decidieron continuar la lucha.

-¡Lucharemos hasta morir!-gritaban.

-¡La revolución ha sido traicionada!

-¡Hay que buscarlos y fusilarlos!

Inmediatamente se constituyó un segundo comité, compuesto exclusivamente por comunistas. Cinco muchachos jóvenes y otros dos obreros de alguna edad que decidió continuar combatiendo. Este comité se trasladó a un lujoso chalet del marqués de Aledo, en la plazuela de San Miguel, ocupado desde el primer momento por los revolucionarios. Las ricas alfombras de Herrero eran holladas por primera vez por los zapatos de los mineros, que arrastraban pellas de lodo y de sangre. El "hall" estaba lleno de fusiles y de cajas de municiones. Sobre las mesas y las butacas se mezclaban las armas y las prendas de los combatientes. Montones de proclamas se esparcían por el piso y salían hasta el jardín enarenado. Un entrar y salir constante de hombres que pedían armas, y de mujeres que buscaban los vales de los víveres, daban al chalet aire de improvisado campamento.

Lo primero que hizo el comité fué acordar que compareciese Teodomiro Menéndez, como socialista significado. La excitación de los obreros era tal en aquellos momentos, que mu-

chos hablaban de la necesidad de fusilarlo. Un comunista se opuso

Teodomiros no ha estado nunca con la revolución. Pero no ha engañado a nadie. El no puede cargar con culpas ajenas.

Prevalció el criterio de que compareciese para notificarle la fuga de sus compañeros. Dos obreros armados fueron a buscarle por encargo del comité.

--Si no quiere venir-dijo el presidente--me lo traéis a la fuerza.

Media hora después apareció Teodomiros, en medio de los guardias rojos. Cuando estuvo en presencia del nuevo comité, un poco pálido y excitado, protestó

-Me habéis mandado a buscar con gente armada, como a un enemigo. No me explico este trato, camaradas.

Entre los miembros del comité se armó un gran barullo:

-¿No sabes que se han escapado todos tus compañeros? Habéis traicionado a la revolución.

-Nos habéis engañado-rugía otro.

La revolución no está vencida-gritaba el que parecía más sereno.

Teodomiros Menéndez, exclamó:

-Ya me diréis cuándo puedo hablar.

-Habla-dijo el que ejercía la función de

presidente-. Pero ten en cuenta que van a exigirse responsabilidades.

-Parece imposible-empezó diciendo Teodomiros-que quien lleva cerca de cuarenta años de militante, defendiendo a los trabajadores, reciba de vosotros un trato tan injusto. Estoy sufriendo los mayores dolores de mi vida. No sé si sabréis que mi mujer está gravemente enferma, y que a los desastres de estos días se añade para mí la terrible pena de ver cómo mi compañera puede morir de un momento a otro. Compañeros, sabéis de sobra que he sido opuesto a la revolución; que desde el primer día la doy por fracasada...

Estás equivocado-le interrumpió alguien ajeno al comité.

-Eso es de cobardes-murmuró otro.

-¡Silencio!-gritó el presidente-. Es preciso oír. El camarada habla sinceramente. Lo que no aguantaríamos es que mintiese.

-Comprenderéis, camaradas-siguió diciendo Teodomiros-, que por no engañar a nadie dejé de sumarme a ella. Yo creo que con los elementos que tiene el Gobierno, mientras no se levante España entera, no hay triunfo posible.

-Madrid se ha sublevado-dijo uno.

--No es cierto. Desgraciadamente, las noti-

cías de la radio son auténticas. En Barcelona se ha rendido la Generalidad y en Madrid no hubo más que tiros sueltos. No hay que, hacerse ilusiones. La revolución está vencida. Prolongar la lucha es aumentar la catástrofe.

-Camarada-declaró el presidente-, a tí no te hemos llamado para que des consejos. La lucha seguirá, porque los obreros quieren continuar. A tí te hemos llamado para notificarte que ante la huída de tus compañeros socialistas, que formaban parte del comité, se ha constituido otro que toma la responsabilidad del movimiento. Te lo comunico para que el día de mañana cada uno quede en su lugar.

-Bien. Me doy por enterado. Pero permíteme que os diga que, a mi juicio, mis compañeros no podían hacer otra cosa.

-¡Son unos traidores!-exclamó alguien.

-Y además-insistió el presidente-se ha dado orden de detención contra ellos. Tendrán que responder de su fuga ante el Tribunal revolucionario.

-¿No permitís, en nombre de nuestros ideales, que insista en lo que creo un deber?

-No puede ser, camarada. Estarnos decididos a continuar...

En aquel momento entró en la estancia un revolucionario dando grandes voces:

-Ha entrado una columna en el cuartel de Rubín. Llegó por la carretera de Avilés

Todos se levantaron. Los que no tenían armas, las cojían en medio de una gran confusión:

-¡Hay que morir matando!--decía uno.

-¡Atacaremos con dinamita! ¡ A ver, llámara los de Turón, que vengan a vernos!--dijo el presidente del comité.

A Teodomiro ya no le hacían caso

-¿Puedo volver a mi casa?-preguntó al presidente.

-Puedes volver. La consigna ahora es "T. R. S." ("Trabajadores rojos, salud"). Te lo digo, por si te detienen.

Mientras, los revolucionarios discutían a gritos y se oía un estruendo de armas y de muebles, mezclado con blasfemias y amenazas, Teodomiro Menéndez, líder durante muchos años de los trabajadores asturianos, bajaba derrotado y triste hacia su casa. Pensaba, sin duda, que todo se había perdido; que los sueños esparcidos a través de tantas campañas generosas y entusiastas habían dado solo una cosecha de decepción y de sangre. El no huía; en su corazón humanitario y sentimental mandaban más los afectos que los intereses de la revolución. Comprendía que su obra había

terminado entonces, y no le importaba que

acabase también su poder sobre las masas. El suyo era el fracaso de un socialismo que quiso reformar el mundo por la palabra, instru-

mento demasiado frágil en un ambiente de violencias. El que durante muchos años quiso la salvación de los parias, en aquel momento, mientras tronaban las explosiones y silbaban las balas de las ametralladoras enloquecidas, solo pedía la salvación de su compañera de siempre, de aquella mujer humilde y laboriosa que ahora respiraba dificultosamente en el lecho, con los ojos semicerrados por la fiebre.

MOMENTOS DIFICILES

La entrada de López Ochoa.-Escenas de la Puerta Nueva.-Fuga del segundo Comité. La huella de Nerón.

Desde aquel momento el desorden y la confusión predominó en el campo revolucionario, a pesar de las órdenes tajantes del nuevo comité y del arrojo de que daban prueba todavía muchos revolucionarios.

López Ochoa había entrado por sorpresa con su columna por la carretera de la Costa, recogiendo algunos puestos de la guardia civil que llevaban sitiados muchos días, y sometiendo fácilmente a los revolucionarios, desde Salas a Lugones. Por cierto, que cuando se presentó ante el cuartel de Rubín, las tropas que allí resistían les hicieron fuego creyéndolas enemigas. Ya en el cuartel, el general organizó la reconquista de Oviedo. Pero no puede decirse que la ciudad quedase en su poder in-

mediatamente. Hubo que luchar, y solo cuando las tropas del Tercio y Regulares llegaron, fueron rechazados los revolucionarios hasta retirarse a los pueblos de la cuenca.

El segundo comité no presidió más que anarquía y represalia. Ante la noticia de que habían entrado tropas se recrudecieron los saqueos y la indisciplina. Las patrullas que llegaban a los prostíbulos de la Puerta Nueva, allí se quedaban. Las mujeres temblaban,

apelotonadas en la cocina, pero los mineros

las sacaban de allí y les hacían bailar, jaleándolas con las manos, llevando el compás con las culatas de los fusiles. De una taberna próxima llevaron cajas de vino y de cerveza, y bajo el ruido de los disparos se oían los cantares de los borrachos, más tristes en la noche del Oviedo en ruinas. Las muchachas tenían miedo y hambre y sobre las rodillas de los revolucionarios no temblaban de pasión sino de pánico. Había una que era de Langreo y preguntaba ansiosamente por sus hermanos, que sin duda habrían estado combatiendo desde el primer día. Pero nadie le daba razón de ellos. Un minero la consolaba

-No te preocupes, guapina. Si están en el hospital, allí no hay tiros; y si murieron, mejor pa ellos.

Algunos bailaban con el fusil colgado, ro-

deada la cintura por las cartucheras quitadas a los guardias muertos.

Se veía que necesitaban aturdirse y que después de una semana de combate, respirando pólvora y sangre, con el presentimiento de la derrota inminente, habían entrado en la vía muerta de una extraña desesperación. Todas sus palabras rezumaban sarcasmo, bebían sin ton ni son, mojándose las manos que les ardían con el calor de las armas recalentadas por los disparos. A la luz de las velas, que estampaban en las paredes sombras vivientes, aquella juerga sombría y forzada era lo más triste de la revolución. Todos bebieron de tal modo que de madrugada estaban enfermos o inconscientes. Dominados por el cansancio, fueron cayendo, uno aquí y otro allá, en la escalera, en el comedor, en los cuartos de la casa. La madrugada turbia, cenicienta. horrible, encontró amontonados aquellos falsos cadáveres que permanecieron allí muchas horas, mientras caían en las calles otros combatientes para no levantarse más.

Algunos de los miembros del primer comité fueron capturados el mismo día de su fuga. El segundo comité deliberó acerca de la pena ^{en} que habían incurrido. Había quien proponía fusilarlos. Al fin, se impuso el criterio más benévolo y se les perdonó, con tal de que to-

maran las armas para combatir. A las órdenes inmediatas de los jefes de escuadra, los antiguos dirigentes pelearon en vanguardia contra las tropas del general López Ochoa.

En realidad, al segundo comité nadie le obedecía. Los revolucionarios actuaban por su cuenta y toda iniciativa cuanto más temeraria y extremada que fuese, era bien recibida por los grupos. Había empezado, si así puede decirse, el período del terror, porque si bien la dinamita había sido usada desde el primer momento, siempre respondió a ciertas exigencias del combate. Ahora se utilizaba sin objetivo concreto, por el simple afán de destruir. La revolución había enloquecido y se lanzaba vertiginosamente hacia el caos.

¿Qué iba a pasar? Ramón Tol, el médico que ya conocen nuestros lectores, que alternaba la cura de heridos con la lucha activa, empezó a notar que entre los combatientes tomaba cuerpo la idea de destruir la ciudad. Ya que no se podía vencer, y las fuerzas del Gobierno avanzaban sobre Oviedo, que no encontrasen más que escombros. Aquella idea neroniana no la sustentaba nadie en particular; pero tenía ya una existencia difusa entre los revolucionarios. El médico, aterrado ante tal propósito acudió a la casa donde actuaba el comité y expuso a éste sus temores. La verdad es que se encontró con unos hombres va-

cilantes, nerviosos, que no parecían ser los mismos de la víspera, cuando se encargaron tan gallardamente de la dirección del movimiento.

-Yo creo-dijo Ramón Tol-que debéis reunir a los jefes de grupo y ordenarles que no consientan ni siquiera que se hable de eso.

-Pero ¡si no hacen ningún caso! Están obrando por su cuenta. El movimiento se nos va de las manos-confesó el presidente preocupado.

-Pues hay que tomar alguna medida-repuso el médico-. Si se lleva a efecto lo que dicen, no sólo sería un acto de barbarie, sino que desacreditaríamos nuestra revolución.

-Tienes razón, camarada. Pero ¿estás seguro que se habla de eso?

-Segurísimo. Lo he oído a varios en menos de una hora.

-Pues hay que hablar con los jefes de grupo. No queda otro remedio.

-Es que les llamamos y no vienen-dijo otro del comité.

-Mira-declaró un tercero-lo mejor es dejar esto. Que ellos se las entiendan.

Ramón Tol creyó que aquella proposición levantaría un tumulto de protestas; pero vió con asombro que los demás se callaban, como si meditasen o estuviesen de antemano conformes. El temor y la decepción se había apo-

derado también del segundo comité. Se vela que carecía de autoridad, de iniciativa y de energía. Entonces Tol exigió que el presidente le acompañase para entrevistarse con algunos jefes de grupo. Por el camino, aquél se lamentaba con el médico

-Esto ha nacido sin cabeza, camarada. No sé cómo vamos a salir. Tengo la impresión de que tenía razón Teodomiro: nos han dejado solos; fuera de aquí no pelea nadie.

-Pues propongan la retirada-dijo Tol, convencido de que tenían razón.

-¿Y quién se atreve a proponer semejante cosa? Dirían que estábamos vendidos. El otro día un jefe de escuadra me puso la pistola al pecho porque le dije que no permitía saqueos.

-Pues es un problema que hay que plantear.

El médico y el presidente se dirigieron a la estación del Norte donde estaban las avanzadas revolucionarias. Hablaron con algunos jefes de grupo que apenas daban importancia al asunto. Uno de ellos aseguró

-Todavía triunfaremos, camaradas. No hay que apurarse. Las tropas se metieron en el cuartel y no se atreven a salir.

-Pero volar Oviedo sería una barbaridad --dijo el médico.

--Si no es pa nosotros, camarada, que no sea pa nadie.

Fueron a San Lázaro donde estaba emplazado un cañón, y allí nadie quiso oír nada de comités, ni de dirigentes

-Creo que los comités se escaparon. Bueno, pues nosotros no dejamos esto. ¡Valientes vainas los dirigentes!

Los dos revolucionarios se retiraron convencidos de que ya no había manera de controlar a las masas desmandadas. El presidente del comité declaró que él abandonaba el puesto. Cuando llegaron al chalet de Herro, los demás ya no estaban. El segundo comité también había desaparecido.

Ramón Tol comprendió que era preciso a toda costa evitar la catástrofe. En su viaje a Langreo había podido comprobar que allí había un jefe valiente, de gran ascendiente entre los obreros de todas las significaciones. Este jefe, Belarmino Tomás, quizá pudiese tomar a aquellas alturas las riendas del movimiento. El médico buscó un coche de la Cruz Roja y pidió que se le llevase a Sama para un servicio urgente. A regañadientes, el jefe del Hospital autorizó el viaje.

Ya en Sama, Tol encontró a Belarmino en el Ayuntamiento, ocupándose del aprovisionamiento del valle de Langreo. Belarmino Tomás, con la boina puesta, el gesto sereno, la

mirada inteligente, rodeado de gente pidiendo vales, tardó bastante tiempo en poder atender al médico. Por fin, ambos hablaron largamente. Belarmino conocía la situación de Oviedo, y sabía, además, que las tropas avanzaban desde Gijón y San Esteban de Pravia. Era urgente, desde luego, organizar la retirada

-Pero esto es lo más difícil-declaró Belarmino-. Al fin y al cabo una revolución es una guerra y en la guerra lo más difícil es una buena retirada.

-Es que, además-repuso Tol-los hay que mientras tengan armas no se retiran.

-No hay quien les convenza que en el resto de España ha fracasado todo.

-Pero lo grave es que hablan de volar la ciudad.

-¿Dicen eso?-preguntó Belarmino alarmado.

Se habla de eso con demasiada insistencia.

-¡ Ah! Hay que hacer algo. Yo voy con usted ahora mismo a Oviedo.

Durante el trayecto no hacían más que encontrar obreros que retornaban a sus casas, con sus fusiles al hombro. Habían desaparecido los guardias que antes exigían los pases a los coches Todo tenía un aire de desolación, de desilusión y de derrota.

Belarmino decía

-Nos ha faltado dirección. Pero además, contra la aviación no se puede luchar. Hay que tener, por lo menos, armas iguales.

A la entrada de Oviedo nadie les pidió el volante de circulación, ni la consigna. Se oía, sin embargo, fuego de cañón y de fusilaría. Aquella tarde los aviones volaron de nuevo sobre el cuartel, y arrojaron víveres. Los revolucionarios dispararon contra ellos inútilmente.

Belarmino se entrevistó con varios de los combatientes más significados y aquella noche se convocó una reunión en el chalet de Herrero, donde ya no quedaban más rastros del segundo comité que botellas vacías e innumerables cigarros. Asistieron la mayoría de los jefes de grupo y muchos socialistas y comunistas significados. Allí se reconoció que era preciso trasladar fuera de Oviedo la dirección del movimiento. En el caso de que las tropas que venían sobre la capital, lograsen apoderarse de ella, quedaba aún la cuenca minera, donde los rojos se consideraban invencibles. En montañas casi inaccesibles, conociendo el terreno palmo a palmo, abastecidos por sus familias, la lucha podría prolongarse indefinidamente y Asturias podría continuar siendo baluarte de la revolución proletaria. Esta era la idea de los combatientes de más presti-

gio. Estos no contaban, sin embargo, que ya en la masa había entrado la depresión; que faltaba la ardiente ilusión de los primeros días, y que era imposible reconstruir lo que con la retirada de Peña se había deshecho: la convicción del triunfo, el espíritu generador de la victoria. Belarmino y el médico comprendían perfectamente que todo estaba perdido; pero sabían también que solo de un modo indirecto, dando rodeos, era posible llegar a la terrible conclusión de que había que capitular. Por eso asintieron a todo, con tal de ir ordenando un poco el caos, echando frenos a la desesperada reacción de las masas.

Después de combinar un nuevo ataque a la cárcel, al cuartel y al Gobierno civil, para el día siguiente, el nuevo comité salió en el automóvil de la Cruz Roja para Sama de Langreo. Era el primer paso para la capitulación.

La capitulación

XIII

LA CAPITULACION

Los últimos ataques—Faltan municiones.-El tercer comité decide la retirada.-La entrevista con el general.

El día dieciséis se atacó briosamente las posiciones enemigas. Se trataba, sobre todo, de apoderarse de la cárcel, donde se encontraban significados revolucionarios, cuya incorporación influiría indudablemente en el ánimo de los combatientes. No fué posible. La guarnición resistía y por dos veces rechazó con bayoneta calada el asalto de los sitiadores.

Al atardecer, éstos pidieron más municiones. Pero del cuartel general les contestaron que se necesitaban para atacar el cuartel, de donde pretendían salir las fuerzas de socorro. Hubo, pues, que suspender el ataque a la cárcel. Como se suspendió el que se había iniciado al Gobierno civil, defendido todavía

desde la catedral. Los revolucionarios, con las cartucheras agotadas, se pedían unos a otros municiones

-¿Es que no quedan ya cartuchos?-preguntaban a los jefes de grupo.

-No. Se han mandado buscar a Sama. Pero hoy tenemos que arreglarnos con las cajas que nos entregaron por la mañana.

Aquello era desmoralizador. Se vela a los mineros, apoyados en los quicios de las puertas, con el fusil tirado en el suelo, aburridos

-¿No combates, chacho?

-¿Con qué? No me queda ni una bala.

-Chico; esto va muy mal...

-Los dirigentes, que nos han abandonado...

Se había hecho un verdadero derroche de municiones. Como la revolución había carecido desde el primer momento de una concepción técnica, militar, y había estado encomendada solamente al valor personal y a la audacia de los obreros, éstos desconocían el valor de las municiones. La toma de la Fábrica de la Vega les había alucinado; creían que aquellos pertrechos no se acababan nunca; que los barcos de guerra sublevados llegarían de un momento a otro con refuerzos; que Rusia enviaba su flota hasta las costas cantábricas para ayudar la epopeya de los montañeses asturianos. Almas simples y en-

cendidas, los rumores más absurdos bastaban para avivarles el fuego de la fe y el fervor de la lucha. Pensaban que un poder misterioso obraba casi milagrosamente en aquellas jornadas. El impulso que a ellos les llevaba a morir por las ideas, creían que tenía suficiente fuerza para obrar en todos los actos de la revolución. En una palabra, confiaban en el poder y la fuerza de su clase, tal como la habían exaltado sus propagandistas en discursos y proclamas.

Cuando el comité recibió la petición de municiones, comprendió que se habían agotado. Gestionó, sin embargo, en Mieres algunos refuerzos. Allí las tropas habían logrado romper el cerco de Vega de Rey y avanzaban en medio del pánico de pueblos y aldeas. El comité, que se reunía, en el Ayuntamiento de Langreo, recibía noticias pesimistas de todas

partes. Por fin, Belarmino Tomás planteó la

cuestión

-Señores, la situación es insostenible. Hemos luchado hasta última hora. No queda más que capitular.

El comité aún se resistía. Había que enterarse personalmente de la situación en Oviedo, explorar el ánimo de los combatientes, conocer exactamente la situación de las tropas. Al día siguiente, los diferentes miembros del comité salieron hacia Oviedo y Mieres.

para realizar una labor de exploración. Las impresiones no podían ser más desconsoladoras. En Mieres habían comenzado las luchas entre los propios obreros, y empezaba a temerse colisiones internas. En Oviedo, la demoralización alcanzaba caracteres alarmantes. Menudeaban las riñas y los disgustos. Las deserciones se hacían en masa, ya sin pretextos ni disculpas. Los asaltos a las tiendas, las borracheras, los escándalos eran mucho más frecuentes. Las guardias no se hacían con regularidad y los enlaces apenas funcionaban. Si las fuerzas del cuartel de Rubín hubieran salido en muchos momentos, se hubieran apoderado fácilmente de la ciudad, inaccesible días antes para todo un cuerno de ejército. Las municiones estaban a punto de agotarse,

y solo el cañón y la dinamita atestaban, de vez en cuando, que la revolución no había enmudecido todavía. Por las calles no se ve más que gentes que recogían restos del botín, portando toda clase de objetos, rebuscando en los escombros, desvalijando los cadáveres. Se veía a la legua que aquellos no eran de los que habían combatido, sino que salían de sus escondrijos para aprovecharse de la pausa de la revolución.

Las impresiones de los comisionados no podían ser peores. El día diecisiete, por la mañana, quedó reunido en el Ayuntamiento de

Sarna el tercer comité de la revolución. Había circulado el rumor de que se iba a suspender la lucha y en la plaza empezó a congregarse el público, compuesto de obreros y de familias de los combatientes. Mientras el comité deliberaba, abajo se hacían apasionados comentarios acerca del desenlace de la jornada. Eran pocos los que sostenían la necesidad de continuar resistiendo. En el fondo, aunque la mayoría se negase a confesarlo, todos deseaban el armisticio. Los horrores de aquellos diez días habían torturado a todo el mundo y el que más y el que menos llevaba impresa su huella en el corazón.

La conferencia del comité fue muy laboriosa. Todos coincidían en la necesidad de capitular; pero donde discrepaban era en las condiciones de la rendición. Había incluso quien pretendía que el general López Ochoa reconociese, previamente, que los emisarios lo eran del ejército rojo. Si la emisora de Turón había anunciado la proclamación de una supuesta República Obrera y Campesina de Asturias, era congruente que existiese un ejército que negociase.

Por fin, se llegó a un acuerdo. Para el cese de las hostilidades se le propondría al general en jefe que no entrasen las tropas en plan de guerra en la cuenca minera, y que en vanguardia no figurasen las fuerzas coloniales.

Por su parte, los revolucionarios se comprometían a suspender la lucha y abandonar la capital y la cuenca minera.

Belarmino Tomás salió al balcón y dió cuenta del acuerdo al público que esperaba. Habló con sencillez y emoción del esfuerzo de los revolucionarios, de las condiciones de inferioridad en que éstos se encontraban, de la sangre derramada y de los hogares devastados. "Seguimos creyendo-dijo-que es nuestra la razón y no nos resignamos a perderla, por haber perdido esta vez". Terminó preguntando a la improvisada asamblea

-¿Aprobáis el acuerdo del comité?

Un grito unánime, sofocado en parte por la emoción, respondió

-Sí.

Querían la paz, no por convicción, ni por

arrepentimiento, sino por cansancio, por agotamiento físico, por deseo de reposar sin la terrible sacudida de la lucha. ¡Hacía tanto tiempo que no comían tranquilos, que se racionaban los víveres, que tableteaban las ametralladoras sembrando el sobresalto a lo largo del valle! Por fin, dejarían de aparecer sobre las cumbres los pájaros atroces que portaban las bombas. Ya se podría andar por las calles sin miedo, y sin consultar a cada paso los ruidos del aire, el vuelo sigiloso del

enemigo, que lleva el incendio y la muerte entre sus garras.

Fué Belarmino Tomás, en unión de un teniente de la Guardia civil que figuraba como prisionero de los revolucionarios, el teniente Torrens, el encargado de transmitir al general López Ochoa la propuesta. Torrens, al parecer, conocía al general y atestiguaría que el emisario representaba al comité revolucionario.

Los negociadores llegaron al cuartel de Rubín con las manos en alto. En realidad, los centinelas los hicieron presos desde el primer momento. Al dar a conocer la misión que llevaban, el general les hizo pasar a su presencia. Belarmino Tomás le hizo notar, primeramente, que los obreros trataban con un general republicano, y después le dió cuenta de las condiciones de la capitulación. El general, por su parte, propuso las suyas: entrega de la cuarta parte del comité revolucionario; entrega del armamento y cese absoluto de las hostilidades.

A mediodía quedó acordado el pacto El comité hizo circular las órdenes de retirada, que se cumplieron con alguna dificultad. El propósito de los dirigentes era abandonar Oviedo aquella misma noche, pues ya les pisaban los talones las tropas coloniales.

La evacuación de Oviedo

XIV

LA EVACUACION DE OVIEDO

Dificúltades.-El cañón díscolo.-Silencio en las ruinas: Vuela el Instituto.

Aquel extraño campamento que había sido Oviedo durante once días, iba a ser levantado en el término de unas horas. El hombre echa raíces en todas partes, incluso en la guerra, incluso en la miseria, [en la](#) cárcel y en el hospital. A pesar de las penalidades de aquellas siniestras jornadas, a pesar del peligro constante, de la fatiga y la necesidad había muchos hombres encariñados con la revolución. Volver a la dureza de la mina, a la monótona faena de todos los días, después de haber soñado con una existencia nueva, rotas las cadenas del trabajo manual, era una amarga prueba. Cuando les delegados del comité llegaron con la indicación de suspender la lucha y retirarse hacia Langreo, se encontraron con la negativa de muchos.

-¡Lucharemos hasta morir!-decían.

-Cuando no queden balas, atacaremos a navajazos.

En algunos puestos los revolucionarios permanecían tumbados, sin hacer caso de las órdenes que se les transmitían. Exaltados o deprimidos, los mineros no acababan de resignarse a abandonar la capital. Y los que lo hacían se negaban en redondo a entregar las armas.

Belarmino Tomás tuvo que recorrer los puestos, en unión de los jefes comunistas para que la orden fuese obedecida. A regañadientes, los mineros más reacios tomaban asiento en camionetas y camiones, protestando

- "Pa" eso pudimos ahorrarnos tanto desastre.

-Nos han engañado-decían los más díscolos.

Pero ya en el vehículo se alegraban de que la pesadilla terminase, y estaban deseando llegar a sus casas para dormir de una vez muchas horas, sin el duermevela de las trágicas jornadas

El cañón de San Lázaro seguía tronando, sin embargo. Se les había enviado varios recados a los que combatían para que cesase el fuego, inútil por otra parte, porque las granadas carecían de espoleta. Belarmino estaba irritadísimo, porque aquel cañón parecía

demostrar que los obreros no cumplían el pacto. Decidió ir él mismo a someterlo, seguido de un grupo de incondicionales.

El cañón estaba servido por un artillero de Trubia, que disparaba a las órdenes de un grupo de Mieres. Belarmino se dirigió al artillero

-Pero, ¿no habéis recibido órdenes de no disparar más?

-Es que a mí me obligan. Yo estoy disparando a la fuerza.

-A ver ¿dónde está el jefe del grupo?

El jefe del grupo, un mozo achaparrado, con la camisa desabrochada y el gesto hostil, apareció en la puerta de una casa próxima. Llevaba una pistola en la mano, y le seguían media docena de hombres armados.

Belarmino se dirigió a él:

-¿No me conoces, camarada?

El aludido le miró un poco sombríamente. Después respondió

-Sí. Ya sé que eres Belarmino, el de Sama.

-¿Cómo no habéis hecho cesar el fuego? El comité lo ha acordado.

-Yo no entiendo de comités-respondió el minero alterado-. Unos dicen que, los comités se han fugado; otros que se está tratando con las tropas. Y yo no sé nada. A mí el que me nombró para esto fue Peña, y no me dijo todavía que lo dejara.

-Nosotros no nos rendimos-intervino otro de los mozos armados-. Si quieren el cañón que vengan por él.

Belarmino les habló serenamente de las condiciones en que se había acordado la rendición. La lucha estaba perdida, y era preciso evitar las represalias en los hogares de la cuenca. La idea socialista no había sido derrotada, y ellos ya tendrían ocasión de volver a combatir por ella. Pero todas las dificultades que se opusiesen entonces no harían más que perjudicar la causa obrera.

Ante las palabras del líder, los revolucionarios cedieron:

-Pero no entregamos los fusiles, ¿eh? Eso de ninguna manera.

Belarmino les indicó que ocuparan un camión para regresar a Mieres. Los mineros, resignados, emprendieron la marcha hacia el centro de la ciudad. El cañón había enmudecido por fin, y allí quedó solitario, en medio de la calle, como una bestia muerta.

Los mineros arrastraban sus fusiles hacia los vehículos. Algunos llevaban recuerdos del combate, unas polainas de guardia de Asalto, un sable, una pistola reglamentaria. Otros emprendían la marcha a pie, sin prisa por llegar, esperando que los recogiesen los autos del trayecto. Se notaba en todos un gran cansancio, una indiferencia sin límites. Apenas se

hablaba entre los grupos. Según iban saliendo los revolucionarios, la ciudad aparecía más trágica, silenciosa, devastada. Después de muchos días de espantoso tumulto, donde se mezclaba el rumor humano al ruido de las armas, aquella calma era quizá más angustiosa. En el atardecer bituminoso, los rescoldos humeantes de los incendios, el paso asustado de algunos transeúntes, las esquinas estranguladas, las casas sangrando por sus flancos, todo ofrecía un aire pavoroso y cruento. Oviedo, en efecto, era una ciudad yerta, parada, desangrándose en silencio. Ni siquiera los aeroplanos habían aparecido aquella tarde. El último motor de los camiones que evacuaban la ciudad, había quedado trepidando en el aire, hasta que se mitigó también como el eco postrero de la lucha.

Pero de pronto una explosión inmensa, como un terremoto, que hizo conmovirse a la ciudad, como si acabaran de romperse sus raíces, como si una montaña se hundiera, resonó en aquella calma efímera. ¿Qué había sido? Había volado el Instituto, donde se depositaba la dinamita revolucionaria.

Horas, antes, los prisioneros allí depositados, habían sido puestos en libertad por orden del comité. Nadie sabe quién indicó la necesidad de volar el edificio. Lo cierto es que allí había unas veinte cajas de dinami-

ta (cerca de cinco mil cartuchos) y varias cajas de bombas fabricadas en La Felguera y Mieres, algunas hasta de treinta kilos de peso.

A última hora de la tarde, cuatro revolucionarios fueron recorriendo las viviendas cercanas para que fuesen desalojadas por los inquilinos. Estos, llenos de pánico, ni siquiera preguntaban a qué obedecía aquella medida. Salían apresuradamente y se trasladaban sin rumbo, al otro lado de la ciudad. Acostumbrados ya estos vecinos a los horrores de la revolución, nada les impresionaba, y lo único que hacían era obedecer ciegamente las indicaciones de los obreros. Un anciano que había presenciado curiosamente el curso de la lucha y al que ya conocían los revolucionarios de aquel sector, inquirió la razón del traslado.

-Es que vamos a acabar con nuestra dinamita, para que no nos la cojan.

-¡Ah, vamos!-dijo el viejo muy convencido-. Como Cervera en la guerra de Cuba_

-¿También hizo explotar la dinamita?

-Dicen que echó a pique los barcos.

Cuando ya en los alrededores no quedaba nadie, fueron alejando a los que hasta entonces habían hecho, guardia en el edificio. Por cierto, que en una de las aulas dormía **profundamente su borrachera de aquella ma-**

ñana uno de los centinelas. Como todos los días, había entrado en la taberna próxima y había; bebido copiosamente. Los compañeros contaban, que este luchador ejemplar no había hecho otra cosa en los diez días de ocupación de Oviedo, que decomisar toda clase de bebidas y libar incesantemente. Se pasaba los días borracho.

Los revolucionarios quisieron despertarlo; pero fué inútil. Le sacudían violentamente; le llamaban una y otra vez. v el borracho seguía roncando. Entonces uno de los revolucionarios le sacó a rastras del local; pero cuando llegó a la escalera, dijo a sus compañeros

-¿Sabéis lo que os digo, camaradas? A éste debernos dejarlo aquí.

-Desde luego, si le dejamos no volverá a beber en su vida.

Un revolucionario que en vez de luchar se emborracha, no merece que le salvemos.

-Tienes razón. Que vaya a beber al infierno.

Y allí lo dejaron. Rociaron con gasolina el piso donde estaba la dinamita, le prendieron fuego y huyeron.

Minutos después la explosión sembraba de pánico la ciudad. Al oírla, las gentes salían empavorecidas de sus casas, dando gritos, corriendo de un lado a otro sin dirección fija.

¿Qué nueva catástrofe se anunciaba con aquel estruendo sobre la ciudad martirizada? ¿Qué nuevos horrores aguardaban todavía a la población neutral, encogida de miedo, hambrienta, abochornada, en cuyos oídos resonaba aún la barahunda horrorosa de la guerra?

Tardó algún tiempo en tranquilizarse la ciudad. Cuando se supo que los revolucionarios habían hecho saltar sus explosivos, nadie estaba seguro de que no existiesen otros depósitos y que no continuasen las terribles explosiones.

La calma no renacía, a pesar de todo. En los barrios extremos de Oviedo se seguía combatiendo. En el Naranco grupos de revolucionarios resistían a las primeras fuerzas del Tercio, que llegaban después de accidentadas jornadas. La evacuación se había hecho desordenadamente; pero, además, muchos combatientes, seguían todavía en posesión de fusiles y ametralladoras. Allí fué donde murió "La Libertaria", una muchacha hija de un anarquista, que se había vestido de rojo para combatir. Parecía imposible que hubieran transcurrido varios días de lucha y la "Libertaria" estuviese ilesa; con sus ropas rojas ofrecía un blanco magnífico. Pero allí estaba cuando entraron las fuerzas coloniales, disparando su fusil en un parapeto, mientras

otros camaradas hacían fuego también con fusiles y ametralladoras.

El oficial que iba en vanguardia se resistía a creer que fuese una mujer la que disparaba.

-Me gustaría cogerla viva-dijo el teniente

Pero a los pocos momentos una descarga la derribaba sobre un seto del camino. Rechazados los revolucionarios, los militares estuvieron contemplándola, un poco sorprendidos de aquel heroísmo para ellos incomprensible. "Libertaria" quedó allí, como un charco rojo en medio del camino, hasta que al día siguiente recogieron el cadáver las ambulancias y fué enterrada en la fosa común. Tenía veinte años y era comunista.

Evacuada la ciudad por los revolucionarios y posesionada por completo de ella las tropas. empezaron a surgir en las calles seres extraños, aturdidos, incoherentes, que era como si regresasen de un mundo fantasmal, tras una existencia de pesadilla. Las mujeres lloraban sin saber por qué, los hombres se contaban sus lances grotescos o trágicos y volvían a sus refugios, no convencidos de que aquello hubiese terminado.

Sin conocerse, las gentes hablaban atropelladamente de las angustias de la revolución.

-Y ¿qué pasa en Madrid? ¿Qué pasa en Madrid?

Un hombre calvo, nervioso, el traje manchado y arrugado, con la huella de no haberse quitado en muchos días, no, hacía más que

lanzar a todos esta pregunta. A un oficial que pasaba por la calle Fruela, también le interrogó anhelante:

-¿Qué pasa en Madrid?

El oficial le miró despectivamente, y respondió

-En Madrid no pasa nada. ¿Qué va a pasar?

El hombre calvo tenía, sin embargo, razones más que suficientes para hacer esta pregunta. Había llegado a Oviedo la víspera de la revolución. Era farmacéutico en Madrid y había ido a la capital para ajustar un pedido importante de un producto alemán que él representaba en España. Se hospedó en Oviedo en el hotel Inglés, en cuya casa se instaló desde el primer momento un grupo de guardias de Asalto para impedir el paso de los revolucionarios. Al huésped le despertó el día 6 un horroroso estrépito, carreras y gritos, luego el seco sonido de los disparos. Alguien le dijo a voces que había estallado la revolución y que los mineros atacaban el hotel. Tuvo que pasar allí dos días sin probar apenas bocado, internado en las habitaciones interiores, en

unión de otros huéspedes igualmente aterrorizados. Al fin, los mineros tomaron la casa y detuvieron a todos sus habitantes. El farmacéutico fué llevado a presencia del comité y sometido a un minucioso interrogatorio

-¿Qué hacías en esa casa, camarada?

-Era huésped del hotel Inglés

-¿Dónde vives habitualmente?

-En Madrid.

-¿Y cuál es tu profesión?

-Farmacéutico.

Ah. ¿Farmacéutico? Necesitamos farmacéuticos. ¿Tú estás con la revolución?

-Hombre, yo... la verdad. Nunca me mezclé en política.

-Bueno, eres un pequeño burgués sin partido. Te vas a encargar de una farmacia de la Escandalera. Supongo que no envenenarás a nuestros enfermos.

--i Por Dios: Pero..., mejor sería que lo hiciese otro. Yo estoy tan impresionado...

-No hay más remedio. Mejor estarás ahí, que expuesto a un balazo el día menos pensado.

El farmacéutico no tuvo más remedio que encargarse de la farmacia y despachar los vales que le mandaba el encargado del hospital. Por cierto, que constantemente recibía pedidos exorbitantes de específicos, de material, de toda clase de elementos sanitarios.

Su espíritu industrial se sublevaba ante aquel derroche:

-Hombre-decía a los mandaderos-, decirles que no gasten tanto; que se van a acabar las existencias, y entonces sí que va a ser ella...

Pensaba, además, que a aquellas horas, en su querida farmacia de Madrid, se estaría haciendo lo mismo, creándole una situación irreparable. Para aquel hombre la tragedia consistía principalmente en la liberalidad con que se procedía en materia sanitaria. A última hora llegó a tomar tan en serio aquel problema, que no hacía más que enviar notas al comité con la relación de existencias, instándole a que interviniese para evitar aquellos abusos.

Por eso cuando los mineros evacuaron Oviedo, y las gentes salieron a la calle después de tantos horrores, el farmacéutico preguntaba, obsesivamente, qué pasaba en Madrid. Saber que su farmacia estaba intacta sería la satisfacción más grande de su vida

La huída

XV

LA HUIDA

Por los montes.-El grupo de Ramón Tol.-La noche.-Los vencidos.

Muchos mineros regresaron a sus casas. Otros coincidieron en Sama donde habían de ser recogidas las armas, aunque los primeros días se depositaron bien pocas. Pero algunos grupos huyeron por el monte, dispuestos a ponerse fuera del alcance de las tropas. Algunos porque tenían mayor responsabilidad, y otros porque la revolución los había puesto ya fuera de la ley, incitándoles a una vida de riesgo y de aventura. Muchos de estos grupos combatieron todavía durante varios días con la Guardia civil, que les perseguía. Otros lograron diseminarse por las montañas de occidente, hacia Galicia, y otros fueron capturados en alguna aldea, sin darles tiempo a combatir.

El grupo de Ramón Tol, el médico, se di-

rigió hacia Occidente, a pie, porque ninguna camioneta quiso llevarles por la carretera del interior. Ramón Tol se proponía llegar hasta su concejo, perdido casi en los confines de Galicia, y allí, a caballo y con algún guía experto pasar a Portugal. Otros tres jóvenes revolucionarios se ofrecieron a acompañarle.

-Pero lo primero que tenéis que hacer -dijo el médico,-es dejar los fusiles.

-¿Y con qué nos vamos a defender?

-Con pistolas.

Es que no tenemos.

-A ver si encontráis quién os cambie las armas largas

Por fin, pudieron hacer el trueque. Los cuatro hombres emprendieron el camino sin víveres ni equipaje de ninguna clase. El médico les dió instrucciones

-Vosotros no habléis con los paisanos. Dejadme a mí, que los conozco bien. El éxito de la fuga depende de que mañana a estas horas estemos en La Espina.

-¿Y no podríamos encontrar un coche que nos llevase hasta allí?-dijo uno de los fugitivos.

-No lo creo probable ni conveniente. Además, podrían denunciarnos. La cuestión está en llegar a mi aldea antes de que las tropas se den cuenta de que por este lado también puede haber quién se fugue.

La marcha se hacía difícil, porque el médico no quería seguir la carretera general, y había trazado con un lápiz un itinerario en cierto modo caprichoso. Los montes estaban ^{encharcados} los caminos convertidos en lodazales y el cielo lo surcaban nubes negras, hidrópicas, que amenazaban encallar sobre los campos desteñidos y pálidos.

Los cuatro hombres caminaban silenciosos. De pronto uno de ellos murmuró

--Esta vez la perdimos...

--Pero otra vez la ganaremos-dijo Ramón Tol, como hablando consigo mismo-Nos faltó dirección y unión. No se puede luchar más que con armas iguales. Hoy no es como el 17, que los mineros pudieron hacerse fuertes en el monte y combatir contra los soldados. Entonces no había aeroplanos.

-Si nosotros hubiéramos tenido aeroplanos...

-Fué lo que más nos desmoralizó. Pero además no tuvimos jefes No basta ser valiente para dirigir una revolución. Una revolución hay que plantearla como una guerra.

Aquella noche apenas durmieron. A la altura de Salas, uno de ellos se destacó a una aldea para comprar algo en una taberna. Compró pan y longaniza.

El médico repartió equitativamente la cena, y después se tumbaron en la espesura del

monte, en un sitio seco. Ramón Tol no durmió apenas, pero sus compañeros se quedaron durante tres o cuatro horas sumidos en profundo sueño. El médico tuvo que despertarlos para proseguir el viaje.

Había luna y esto les ayudaba a caminar más fácilmente. En las charcas de los caminos brillaban a veces las estrellas, como objetos perdidos. Las moles de los árboles, agrandadas por las sombras, parecían abalanzarse sobre los fugitivos. Algún perro lanzaba su ladrido, desgañitado, desde una aldea lejana y otro ladrido venía a enlazarse con el primero, para recorrer juntos el silencio de la noche campesina.

De madrugada llegaron al puerto de La Espina. En aquella altura había un silencio sereno, el de las cumbres solitarias. El alba rompía la última tela de la noche otoñal, y los campos empezaban a insinuar sus formas irregulares, sus matices, la mancha de sus caseríos. Los gallos rompían el cristal del aire con sus kikirikíes metálicos. Para los que venían de la agitación de la lucha, de oír la explosión de las bombas, el trueno de los cañones y de la dinamita, aquella calma era cosa inesperada y nueva.

Los revolucionarios iban indiferentes al paisaje. A pesar del cansancio de la jornada iban contentos. Habían avanzado mucho, y a me-

diodía podían estar en la aldea dónde el médico tenía la seguridad de encontrar fácil la fuga. Entraban en la comarca de Tineo. Ramón Tol pensó que aquel paisaje habría asistido alguna vez al paso de un revolucionario más importante que ellos: Riego, el caudillo constitucional, ahorcado por la reacción. Pero Riego no había pasado por allí huído, sino triunfador, con su uniforme nuevo de subteniente. Además aquel liberalismo estaba equivocado. Creía que bastaba que la libertad se escribiese en unos códigos para que ya existiera. El médico despreciaba aquella idea desde la altura de su materialismo histórico. Le parecía imposible que pudieran existir gentes tan ciegas que no comprendieran que sin libertad económica no hay libertad espiritual.

El médico tenía la costumbre de pensar en marxista. Por eso, a pesar del cansancio, le asaltaban aquellos pensamientos. Cerca de mediodía les cortó el paso el Narcea, un río poderoso, que camina largas jornadas bajo abedules, cerezos y castaños. El médico le saludaba como a un viejo amigo. En sus cabalgaduras por aquellas tierras era su compañero el río, y aunque Tol, poco propenso a la poesía, no le trataba con la ternura y la confianza que podría tratarle un poeta, no pudo menos de conmoverse vagamente ante aquellas aguas inmanentes y familiares. Días atrás las

había dejado para entregarse a la aventura de la revolución; había bordeado la muerte y la catástrofe, y volvía a estar allí, aunque derrotado y fugitivo, luchador ilegal por una idea desinteresada.

Al atardecer llegaron al pueblo del médico. Se dirigieron a una casa de labor, donde un campesino, que trabajaba en la era, se quedó asombrado ante la aparición de aquel extraño grupo de hombres derrotados, sucios y famélicos.

-Pero, ¿es usted don Ramón?

-Yo soy, amigo Arturo. Y necesito vuestra protección

-Vamos a la casa, don Ramón. Allí hablaremos mejor.

-No llames a nadie. Quiero que hablemos a solas.

Penetraron en la casa y, a través de la cuadra, subieron al piso superior, que olía a heno y a manzanas.

-Primero, tráenos algo de comer. Estamos desfallecidos.

-En seguida, don Ramón.

El labrador salió y minutos después volvió con una enorme hogaza, un jamón y una jarra de vino.

Los fugitivos se lanzaron ávidamente sobre

los víveres. A pesar de lo que les urgía preparar la fuga, el hambre era de tal naturaleza que no les dejaba espacio para pronunciar una sola palabra. El labrador, por su parte, los observaba curiosamente, sorprendido de aquel apetito voraz. Por fin, el médico le dijo al campesino

-Mira, Arturo. Ya supondrás que he tomado parte en la revolución.

-Lo suponía, don Ramón. Pero, ¿ya se acabó todo?

--Se acabó y nos han derrotado. Necesito fugarme a Portugal; pero por Galicia, donde tengo amigos. He pensado que vosotros podíais ayudarme.

-Usted disponga de mí como quiera. don Ramón. Yo estoy para servir a los amigos cuando llega la ocasión Usted me dirá lo que hay que hacer.

Hablaron largo rato combinando el plan. Se buscarían cuatro buenos caballos, y saldrían por la noche, guiados por Arturo, y otro campesino camino de Fonsagrada. Al llegar a Galicia cada uno se marcharía por su lado para no despertar sospechas y procuraría internarse en Portugal.

-Sal a hacer las gestiones; pero no digas nada a nadie más que a las personas que te indico. Estoy seguro que todos nos ayudarán.

En efecto, antes de las diez de la noche, estaban las caballerías dispuestas. Arturo colocó víveres en las alforjas de todas, y la pequeña caravana se puso en marcha, alumbrada por la luna. Los espoliques iban a pie, delante Uno de los fugitivos, que no había montado nunca a caballo, tuvo que ser instruido para dirigir la, cabalgadura. El médico, acostumbrado a montar, marchaba en primer término.

Así caminaron varias horas, hasta la madrugada. Como al día siguiente era feria en Fonsagrada, se encontraron aldeanos a caballo que se dirigían a la villa gallega. En las intermediaciones los campesinos, siguiendo las indicaciones del médico, recogieron las caballerías y se despidieron de los fugitivos. Estos se abrazaron y cada uno se fué por su lado. El médico se dirigió a la feria, estuvo en una posada y aquella tarde tomó un autobús para Lugo. Nadie le reconoció. Con el auxilio de un amigo paso a Portugal, por Tuy, y más tarde embarcó para Francia.

Pero otros revolucionarios, que también habían huido por el monte, no tuvieron tanta suerte. La Guardia civil les persiguió incesantemente. Unos cayeron combatiendo y otros fueron capturados. Rotos, hambrientos, desamparados, fueron sucumbiendo sin gloria ni heroísmo. El Nalón y el Caudal, los dos ríos

mineros, astrosos y lentos, llevan desde entonces en sus aguas la sangre de los parias, mezclada con la escoria y el carbón de la mina.

FIPN

I N D I C E

	Págs.
prólogo	9
I.....	29
II.-La lucha en Campomanes	39
III.-El tren blindado	55
IV.-El	65
V.-Luzgos	
VI.-Avance sobre Oviedo	87
VII.-Oviedo en llamas	99
VIII.-El médico rural	119
y fugitivos	129
X.-En los pueblos	141
Hija	151
XII.- Momentos difíciles.....	161
XII.-La capitulación	173
XIV.-La evacuación de Oviedo	183
XV.-La huida.....	197

*Se terminó la impresión de este
libro el día 29 de julio de 1935,
los talleres Marsiega, de Madrid,
Menéndez Pelayo, 12.*